

BOULEVARD
FRANQUINA

PUNTO
ROJO

EL YATE DEL PANICO

Curtis Garland



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

CURTIS GARLAND

El yate del pánico

Colección PUNTO ROJO nº 1017. Bruguera – oct/1981

CAPÍTULO PRIMERO

Karin Desmond se sentía feliz aquella mañana.

No le faltaban motivos para ello. Ganar un concurso en el que jamás tuvo la menor confianza, y verse trasladada, súbitamente, desde su aburrida oficina de Londres, a un radiante y soleado paraje mediterráneo donde disponía de dos largas semanas para gozar de la vida sin gastar una sola libra y, más aún, disponiendo de una cuenta corriente bancaria por valor de quinientas libras, aparte los gastos pagados totalmente durante esos quince días, era algo que sólo estaba al alcance de los personajes de novelas rosa, películas amables o cuentos de hadas en versión actualizada, pero jamás supo que se dieran abundantemente en la vida real.

Sin embargo, así era. Le había bastado enviar un cupón al concurso publicado en la última página del *Sunday Express*, para recibir, semanas más tarde, cuando tenía virtualmente olvidado todo el asunto, una amable carta, con el membrete de la entidad comercial patrocinadora del certamen, anunciándole que su cupón había sido agraciado, en el sorteo ante notario, y que las soñadas «Vacaciones al Sol» que se anunciaban como premio, eran suyas.

Karin Desmond tuvo que pellizcarse ese día para estar convencida de que no soñaba. Leyó y releó la carta, hasta darse cuenta de que todo era real y bien real. Esa misma tarde acudió a las oficinas de la entidad comercial y recibió un pasaje de ida y vuelta a un lugar del Mediterráneo previamente elegida por ella en el cupón concursante, reserva de habitación en un lujoso hotel asomado al mar, y una serie de cheques para gastos dentro de las boutiques e instalaciones del propio hotel, así como un número de cuenta y un talonario con quinientas libras a su nombre en un Banco británico de expansión internacional en toda Europa.

Con todo aquello, acudió al otro día a su oficina, solicitando de su jefe el permiso correspondiente para esas soñadas y casi mágicas vacaciones. No es que el muy respetable señor Halloway fuese la estampa misma de amabilidad, pero concedió graciosamente las fechas para su ausencia, e incluso le deseó felices jornadas bajo el sol meridional.

Y allí se inició lo que Karin consideraba que iba a ser el sueño de su vida, hecho realidad.

Pero que, en verdad, luego distó mucho de ser como ella imaginara. El destino, en ese punto, decidió jugarle una mala pasada a la joven oficinista londinense, y le reservó algo con lo que ella ni remotamente había soñado en su júbilo inicial.

Ese algo tenía mucho de angustioso, de aterrador, de sangriento y terrible. Pero, naturalmente, cuando Karin Desmond emprendió el

vuelo Londres-París-Niza, rumbo a la Costa Azul, objetivo de su viaje turístico afortunado, distaba mucho de sospechar ni remotamente que tan ingrato futuro comenzara a abrirse ante ella, como tenebrosa alternativa para su inmediato futuro.

Así, su sonrisa radiante, el brillo luminoso y feliz de sus bellos ojos color violeta, y la resplandeciente alegría que todo su joven y bonito rostro de inglesita moderna, deportiva y pelirroja, despedía por todos los poros de su bien formado cuerpo, hablaban de unas jornadas que preveía felices y llenas de satisfacciones personales. E incluso, ¿quién sabe?, pensó que de un posible romance a orillas del Mediterráneo, algún inesperado amor apasionado con un joven francés o italiano, que la hiciera conocer la volcánica sensibilidad de los amantes latinos. Sí. Todo era color de rosa aquel día en que el reactor de Air France abandonó el londinense aeropuerto internacional de Heathrow, llevando entre su pasaje a una joven y atractiva pelirroja inglesa con dos largas semanas de vacaciones por delante, lejos de las nubes, la humedad y la llovizna londinense, lejos del aburrimiento de su oficina en la City, lejos de su pequeño apartamento compartido con otra chica, oficinista como ella, en las cercanías de Chancery Lane, Europa, la Costa Azul, el suave Mediterráneo y el sol meridional, eran esperanza y promesa de días felices y alegres.

La realidad, aunque no exenta de esos factores por completo, iba a ser muy otra para Karin Desmond...

* * *

—¿Un tesoro submarino, has dicho? ¡Eso es fascinante!

—Bueno, no es seguro que encontremos el tesoro —rió de buen humor Lew Cameron—. Pero será una emocionante aventura buscarlo, ¿no te parece?

—Por supuesto. Casi todos los tesoros no pasan de ser leyenda. Pero la gente se gasta verdaderas fortunas en buscarlos, sin dar nunca con ellos. Es lo hermoso que tienen los tesoros. Creo que en un mundo como el nuestro, es el único mito que nos queda vivo.

—No creas, el tesoro posiblemente existe —dijo gravemente Lew—. Al menos, es absolutamente real que un submarino alemán, llevando consigo una carga ultra secreta, que se supone compuesta por lingotes de oro puro, cruzó el Mediterráneo en 1943, al parecer para poner en sitio seguro semejante tesoro, por orden directa del Führer. El tesoro provenía de algún lugar de África, y ante la posibilidad de la derrota alemana en ese frente, el Reich resolvió desplazar esas reservas secretas de oro a un lugar desconocido de Europa. Pero el submarino fue atacado por las unidades navales británicas, y hundido enfrente de las costas francesas, con toda seguridad ante Niza, según algunos expertos. Pero lo cierto es que, hasta el presente, ni el submarino ni el

oro han sido avistados por nadie, pese a las intensas búsquedas efectuadas en la zona.

—Y tú, buscador de tesoros diplomado, vas a dar con él sin problemas —dijo ella, riendo con buen humor.

—Búrlate lo que quieras, pero cuando menos pienso buscarlo.

—Oh, y yo te ayudaré, no lo dudes —dijo la joven con acento entusiasta—. Aunque no demos jamás con él, no puede negarse que va a ser divertido y lleno de emociones.

—¿Seguro que quieres participar en la aventura? —dudó él.

—Sin lugar a dudas, querido Lew. ¿Dónde encontrarás una submarinista más experta y hábil que yo?

—En ninguna parte, Ivy. Y, sobre todo, ninguna más hermosa.

—No seas tonto. La belleza no sirve para nada buscando tesoros.

—Sirve para admirar un bonito cuerpo bajo las aguas. ¿Te parece poco?

—Me temo que eso no ayude a alcanzar el éxito en la empresa.

—Pero anima los ojos y el espíritu del compañero —rió Lew Cameron.

—Eres incorregible —la joven de dorados cabellos suaves, sedosos y lisos, se tumbó boca arriba sobre la cubierta del balandro que flotaba perezosamente en las aguas de la bahía de San Francisco—. ¿Cuándo comenzará la aventura?

—La próxima semana. Ya tengo todo a punto. ¿Estás segura de que ese larguísimo viaje a Europa no terminará por cansarte?

—Mira, Lew, soy una mujer independiente y desocupada, que no sabe qué hacer con su tiempo libre —suspiró ella, entornando los ojos, mientras el sol teñía de un bronceado de oro su terso vientre, su estómago y sus muslos bien formados, mientras la breve pieza superior del bikini amarillo apenas si podía contener la plenitud joven y vital de los senos femeninos, palpitantes y firmes—. Del mismo modo que a ti te sobra tiempo y dinero para buscarte diversiones en cualquier parte del mundo, a mí me faltan emociones suficientes para animar mi vida de rica heredera sin problemas, ¿comprendes?

—Sí, creo que sí —suspiró Lew—. Resulta aburrido ser millonario y no tener otra diversión que cuidar de los negocios familiares para ir amasando más dinero cada día, casi sin moverse de un despacho.

—No podemos hacer nada por evitarlo. Lew. Tú heredaste tu fortuna y tus negocios, sin posibilidad de rechazarlos al morir tu padre. Yo... aunque ayude a papá en sus asuntos financieros, tengo tiempo sobrado para aburrirme también disfrutando del placer de no hacer nada,

—Eso en Francia va a ser distinto —la avisó Lew con tono serio, sentándose en la cubierta del balandro.

—¿Distinto? —ella le miró, indiferente, entreabriendo los párpados bajo el sol—. ¿Por qué? Las cosas nunca pueden ser distintas a como realmente son, querido Lew.

—Esta vez, sí. El viaje debe hacerse bajo ciertas condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Sólo llevaremos una suma de dinero razonable. Ninguna tarjeta de crédito, ningún talonario. Todo eso se queda aquí, en San Francisco.

—Pero ¿te has vuelto loco? —ella también se irguió, sentándose con tanta prisa, que casi pierde parte del bikini. Tuvo que usar sus manos para retener la pieza superior sobre sus pechos—. ¿Qué haría yo en un país extraño sin dinero? Y nada menos que en Francia, con sus modelos, sus perfumes, sus caprichos...

—De todo eso, nada. O no te llevo conmigo, Ivy. Vamos a llegar a Francia con lo justo. Ocuparemos un hotel normal, alquilaremos una canoa y buscaremos el tesoro. Nada de lujos ni placeres costosos. Eso nos enseñará a administrarnos, a ahorrar, a darle valor al dinero. Será una emoción nueva para ambos. Y si hallamos algo de ese mítico oro nazi, será como si realmente fuéramos personas normales y de repente nos convirtiéramos en potentados. Sólo así tendría verdadero aliciente y emoción nuestro éxito.

—¡Pero Lew, sabes que *no* encontraremos el tesoro? —protestó ella vivamente.

—Ah, ¿quién sabe? —rió él, burlón, encogiéndose de hombros—. Responde si aceptas mis condiciones o prefieres quedarte aquí de vacaciones, querida Ivy.

—¿Ni una tarjeta de crédito?

—Nada.

—¿Ni un giro de papá o de tu administrador?...

—Ni uno solo. Únicamente el dinero que llevemos. Y que será una suma corta.

—¡No pretenderás que pase necesidades, que deba privarme de todo...!

—Esa será una emoción nueva para ti. Nada de despilfarrar. Que sepamos lo que es pasar estrecheces y problemas económicos. Eso dará valor al dinero. Un valor que desconocemos ahora. ¿Qué me dices?

—Que estás rematadamente loco.

—Posiblemente. Pero espero saber si hago este viaje solo... o acompañado.

—Está bien. Acepto tus condiciones. Pero si lo paso mal, te juro que me las pagarás.

—Perfecto. Mo se hable más. Encargaré los pasajes. Y fijaremos la suma a llevar y todos los demás detalles. Revisaré tu equipaje, que tampoco podrá ser extenso. Si descubro el más pequeño truco, el más mínimo juego sucio, te embarco de regreso a América, ¿está claro?

—Lew, vas a representar el papel del ogro...

—Y tú de Cenicienta —sonrió Lew irónico—. ¿Te irá el personaje?

—No lo creo. Además, ni siquiera me das oportunidad de ir a la fiesta

y bailar con mi príncipe, perdiendo el zapatito de cristal...

—Yo seré tu príncipe. El baile estará bajo las aguas del Mediterráneo. Y tu zapato de cristal... podría ser un cargamento en oro puro.

—Estás soñando, Lew.

—Quizá. Pero a veces, vale la pena soñar, Ivy querida...

* * *

—¿Está seguro, doctor?

—Absolutamente, lord Spencer. Soy especialista en estas cosas, usted lo sabe.

—Sí, pero... tal vez un margen de error...

—Ninguno —el médico movió negativamente la cabeza, con lentitud

—. Absolutamente ningún margen de error en su caso. Lo siento. Usted quiso la verdad desnuda. Bien. Ya la tiene, lord Spencer.

—Sí, doctor. No es que pretenda ahora culparle de nada. Tampoco me arrepiento de nada. Quise estar seguro de las cosas. Es mejor así.

—¿Usted cree? —dudó el médico.

—Sin duda alguna —lentamente, una sonrisa suave se fue dibujando en los delgados labios del aristócrata, mientras su palidez habitual, quizá algo más acentuada cuando el especialista le dio la respuesta que había pedido, hacía parecer como modelada en cera su faz delgada, de trazos enérgicos, donde el azul oscuro de sus ojos y el rubio canoso de sus cabellos eran las notas más destacadas de su físico.

Paseó por la consulta con aire abstraído. El médico le observaba con una mezcla de compasión y de respeto. Siempre había pensado que lord Lionel Spencer era un hombre entero y seguro de sí, incapaz de inmutarse por nada. Ahora acababa de comprobarlo.

No es fácil que un hombre siga igual de tranquilo cuando la frase que acaba de oír es tan corta y tan concreta:

—Le quedan a usted de dos a tres meses de vida, lord Spencer. No mucho más.

Era la terrible verdad que casi nunca decía a sus pacientes. Un especialista cancerólogo como él, se encontraba con demasiada frecuencia ante casos así. Y no siempre el paciente tenía el valor de afrontar los hechos cara a cara, sin pestañear, solicitando sinceridad absoluta. A veces era tan piadoso el engaño, la ambigüedad...

Pero había insistido mucho. Tenía derecho a saber. Y se lo había tenido que decir. No es que esperase una reacción histérica de un paciente como aquél. Pero lo cierto es que había superado con mucho sus previsiones. Lord Spencer había sido el paciente más frío y sereno de todos, al afrontar la trágica realidad de su vida que terminaba.

—La cirugía supongo que no sería un remedio —comentó.

—No, no lo sería. Puede intentarse. Será una operación larga y

penosa. Puede que prolongue su existencia una semana más Pero todo terminará igual. Quizá con dolores más intensos. Su reciente aislamiento en esa clínica por dos meses, no va a servirle ahora de nada.

—Comprendo. Un tumor cerebral es mala cosa.

—Todo es malo. Lo peor es la intervención quirúrgica, lord Spencer. Es tan difícil como estéril. Y le causará mayores sufrimientos físicos. Pero si lo desea...

—No, no —hizo un gesto ambiguo con su mano—. No es mi deseo alargar mi agonía ni una hora más de lo señalado. Por el contrario, me gustaría abreviarla lo más posible.

—Ningún médico haría eso. Aun en estos casos, la eutanasia es un delito criminal. No se puede quitar la vida ni siquiera a un moribundo, usted lo sabe.

—Nunca pretendí tal cosa, doctor —sonrió glacialmente lord Spencer, con su mirada perdida en los títulos y diplomas que salpicaban los muros del consultorio de Harley Street—. Tampoco deseo suicidarme para abreviarme sufrimientos, si es eso lo que ha pensado. Por el contrario, mi mayor deseo en este mundo hubiera sido tener suficiente valor para matar a las personas a quienes detesto. Pero nunca tuve temple de asesino. Me faltó valentía para afrontar luego mis responsabilidades y terminar en Old Bailey, en un presidio de por vida... o en la horca, si nuestro actual Gobierno consigue sus propósitos de reimplantar la pena de muerte. Que todo pudiera ser...

—Bromea usted sin duda, lord Spencer —sonrió el médico.

—No, nada de eso —rechazó con aire ofendido el enfermo—. ¿Cree que un hombre con dos meses de vida como máximo, puede bromear con estas cosas? Doctor, siempre tuve miedo a hacer lo que mi impulso me dictaba. Quizá ahora sea el momento adecuado, cuando ya no puede haber nada que tema...

El especialista le contempló pensativo. Sabía que lord Spencer siempre había tenido un peculiar sentido del humor, muy británico por cierto. Estaba seguro de que ahora no hablaba en serio, aunque él rechazara esa posibilidad. Pero el tono del aristócrata tenía una cierta nota de sarcasmo que le preocupaba.

—Después de todo, usted es feliz, lord Spencer —dijo suavemente—. Tiene una esposa, bella y distinguida, unos negocios que siempre ha mimado como su verdadero *hobby*... Amigos, personas que le aprecian y estiman...

—Por supuesto. Y lujos. Y viajes de recreo por mar. Y hasta amantes hermosas... —rió sardónicamente el noble—. ¿Cree que va a ser fácil despedirse de todo eso para siempre?

—Sé que no. Pero dejará entre ellos un buen recuerdo como amigo, esposo... e incluso como amante, sin duda.

—¡Buen recuerdo! —refunfuñó lord Spencer despectivamente, encogiéndose de hombros—. Al diablo con eso, malditos sean todos. No deseo dejar buenos recuerdos en la gente. Ya le dije que me hubiera encantado ser de otro modo. ¿Por qué no serlo ahora, con mis dos últimos meses de existencia ... o sólo con uno, en el peor de los casos?

—Casi me alarma usted, lord Spencer, con esos comentarios tan extraños...

—Doctor, es posible que me decida a ser un asesino en los últimos días de mi vida, y elimine a todos aquellos que detesto cordialmente —rió el aristócrata con aire risueño evidentemente burlón—. Pero naturalmente usted es mi médico y no puede hablar de esto a nadie, porque sería romper el secreto profesional. Mi tumor puede haberme afectado tanto el cerebro como para desear irme al infierno acompañado de unos cuantos seres deleznales a quienes odio con toda mi alma. Pero también podría ser que todo esto fuese una broma macabra, de mal gusto, por parte de un enfermo desahuciado y, por ello mismo, lleno de ira hacia los que seguirán vivos cuando yo desaparezca. Por tanto, es cosa de su propia ética y de su conciencia, ir a la policía y decirles cuanto yo le he contado aquí... o callar hasta que sea demasiado tarde.

—Sigue bromeando, ¿eh, lord Spencer? —sonrió algo forzado el médico.

—No esté tan seguro de eso, querido doctor Halloway, no esté tan seguro... —rió el enfermo, agitando una mano en señal de despedida y dirigiéndose hacia la salida, tras recoger su bastón de madera de ébano con empuñadura de plata maciza, representando el rostro de un mítico *griffo*—. Mándeme su factura a la oficina. Mi socio se la abonará. Y, por favor, no diga nada de lo irreversible de mi enfermedad a nadie. Absolutamente a nadie. Ni siquiera a mi esposa... Cerró suavemente tras de sí, Salía arrogante, altivo, con su impecable indumentaria gris perla, su bombín digno del más puro estilo londinense, y su bastón. Fuera, le esperaba su lujoso Rolls último modelo.

El doctor Halloway suspiró al cerrarse la puerta. Regresó a su mesa, limpiándose las gafas con una toallita de celulosa, pensativamente. Pulsó un timbre. Asomó su enfermera.

—Diga al siguiente que pase —pidió.

—Sí, doctor —asintió la enfermera, desapareciendo.

Se ajustó las gafas. Seguía pensando en lord Spencer Y en sus enigmáticas palabras. Hubiera querido estar seguro de que hablaba en broma cuando mencionó la palabra «asesinato».

Pero no lo estaba. Ni mucho menos.

CAPÍTULO II

El yate se llamaba «*Medusa*».

No era un nombre relacionado solamente con su carácter mariner, contra lo que pudiera pensarse. Su propietario, lord Lionel Spencer, era un amante acérrimo de la Mitología. El nombre de su hermoso yate anclado en Niza no se refería en concreto al celentéreo de los mares, sino al monstruo llamado Gorgona, el ser fantástico que convertía a los humanos en piedra con su fealdad, y que al ser muerta por Perseo, dio a luz a Pegaso.

Pero, naturalmente, eso sólo lo sabían sus íntimos, amigos o familiares. Para los marineros y pescadores que veían navegar la esbelta silueta blanca del «*Medusa*» por los soleados mares meridionales, su nombre sólo tenía alusiones marinas y nada más. Después de todo, pocos de ellos serían expertos en Mitología.

Anclado en la zona deportiva del puerto francés, era uno de los más bellos de los allí situados, pese a ser todos propiedad de grandes magnates y millonarios, desde potentados americanos a armadores griegos y fastuosos árabes rebosantes de «petrodólares». Tal vez no era tan espectacular ni gigantesco como otros que incluso disponían de ascensores, piscinas a distintos niveles, letras en oro macizo y sistemas sofisticadísimos de seguridad, dignos de una película de James Bond. Pero poseía esbeltez, gracia y galanura. Flotando en el mar, se decía de él que era como una grácil ave blanca deslizándose mansamente por la superficie azul. Y tenían razón.

—Es hermoso, ¿verdad?

—Mucho —asintió el hombre joven y atlético que detenía su descapotable rojo vivo, un modernísimo y estilizado Porsche, justo en el acceso a los muelles deportivos de Niza—. El más bello que jamás he conocido, Sharon.

Ella saltó fuera del coche, agitándose su cuello, como una llamarada vivísima, resplandeciendo con su rojo de fuego a la luz del sol matinal, mientras afirmaba con un movimiento enérgico de cabeza.

—Es cierto —admitió—. Este crucero puede ser una maravilla. Derek.

—Lo será —sonrió él—. Estoy seguro de ello, querida. Sobre todo, estando tú a mi lado.

—Oh, no seas tonto —protestó ella, riendo con picardía, mientras el intenso sol dibujaba, a contraluz, su espléndida figura de mujer de curvas plenas y exultantes, bajo el tenue tejido verde pálido que envolvía su cuerpo—. Hablaba del viaje, no de nosotros.

—La siento —replicó él—. No puedo separar una cosa de otra.

—Recuerda que tengo dueño ya.

—¿Dueño? Nadie lo tiene. No somos esclavos.

—Yo sí —sonrió ella maliciosa—. Lionel me paga mis más

extravagantes caprichos. Me mima como a una diosa. No puedo por menos de pertenecerle.

—Ese maldito viejo ya tiene a su mujer para ello. Es mucho más joven que él. Y muy bella y elegante.

—Pero ya sabes cómo es él. En eso no se diferencia mucho de los demás. No le basta con su mujer. Necesita algo distinto, perverso y vicioso.

—¿Tú eres la perversa y viciosa?

—¿Y me lo preguntas? —rió cáusticamente ella—. Creí que ya lo sabías.

—No me has permitido saberlo nunca.

—Pero siempre hay habladorías. Todo el mundo sabe los placeres que gustan a lord Spencer, sus debilidades y aberraciones sexuales, querido Hamilton.

—Y tú le complaces en todo.

—Querido, ¿qué mujer no lo haría, a cambio de deportivos, abrigos de visón, joyas costosas, una finca en Niza y otra en Londres, y cosas así?

—suspiró ella lánguidamente—. No puedo tirar todo eso por la borda, sólo porque esté harta de acostarme con un viejo y me guste un hombre joven y arrogante como tú.

—Me prometiste hacerme partícipe de esos placeres, ser tu amante secreto...

—Todo se andará, amor —rió Sharon gozosamente—. Hablaremos de ello durante este crucero. Te prometo que alcanzarás lo que buscas.

—¿Cuándo?

—Cuando no exista riesgo de ser descubiertos. Entonces será. Créeme que lo estoy deseando mucho más que tú —le miró ahora intensamente, y a la límpida, radiante luz del sol mediterráneo, los ojos violáceos de Sharon brillaron lúbricamente, al recorrer las formas musculosas de su joven acompañante—. ¿O supones que puede satisfacerme a mi edad, y con mi naturaleza, una pareja como lord Spencer, con sus años y sus arrugas?

—Tal vez durante esta travesía podamos... —sugirió él, temblorosa su voz por el deseo.

—Imposible —rechazó ella con viveza—. A bordo del yate sería fácil sorprendernos. Pero encontraremos la ocasión, no lo dudes. Tal vez una excursión a tierra firme durante el crucero... A Lionel le gustan unas islas perdidas en el Tirreno. Creo que una de ellas es de su propiedad, incluso. Si bajan él y su mujer y podemos quedarnos en el yate, tal vez... Pero no te aseguro nada aún, Hamilton. Ten paciencia o podríamos perderlo todo. Yo, el favor de lord Spencer. Y tú, mi amor y mi persona.

—Está bien —suspiró él—. Tendré calma. Pero creo que esa posibilidad que insinúas es muy remota. Sobre todo ahora. Lord

Spencer utiliza una silla de ruedas en la actualidad, si no me equivoco, para desplazarse a todas partes.

—Sí. De eso hace una semana. Al parecer sufre de ciertas molestias en sus piernas, y le han ordenado utilizar una silla hasta que mejore con el tratamiento... ¿Por qué dices eso?

—Porque dudo mucho que se decida a bajar a tierra en esas condiciones.

—Es posible. Si es así, tendremos que tener un poco más de paciencia. Y ahora, vamos hacia el yate, Hamilton. No deben vernos hablar demasiado. A fin de cuentas, tú sólo eres el chófer de lord Spencer... y su segundo piloto cuando estás a bordo del yate. Ahora que vamos a estrenar el «*Medusa*», el nuevo yate de Lionel, en este viaje por el Mediterráneo y el Tirreno, tu trabajo será aún más complicado, ya que es una embarcación de mayor envergadura.

—No. Todas se manejan igual. Los sistemas de motores eléctricos modernos cambian poco en ese sentido. Pero tienes razón. No deben vernos juntos demasiado tiempo. Vamos a bordo, Sharon...

Caminaron por el puerto deportivo hacia el yate. Ambos ignoraban que unos potentísimos prismáticos, enfocados sobre ellos, seguían inexorablemente sus movimientos.

* * *

Lord Spencer sonrió sardónicamente, apartando sus binoculares del puerto deportivo. Depositó el instrumento óptico sobre sus piernas, encima de la liviana manta que cubría sus rodillas, y habló entre dientes, con voz chirriante:

—Al parecer, al joven Hamilton no le basta con seducir a mi mujer a mis espaldas. También Sharon es pieza codiciada por él... Y luego me asegura que nadie me sirve con tanta fidelidad como él... ¡Cerdo bastardo!

Profirió ese insulto en tono despectivo pero no furibundo. Parecía acoger con rara y fría calma la posibilidad de una segunda traición por parte de su chófer y segundo piloto naval.

Lentamente, hizo rodar la silla metálica por la amplia terraza del lujoso hotel de la Costa Azul donde se alojaba. Rápidamente, se le aproximó una mujer alta, enjuta y canosa, uniformada de blanco y azul pálido, con cofia.

—Lord Spencer, permítame que sea yo quien... —comenzó con viveza.

—No, no —rechazó secamente a su enfermera—. Siga leyendo bajo este amable sol, señorita Clemens. Deseo dar un paseo por las terrazas del hotel, pero sin compañía. No puedo meditar cuando no estoy solo. Se lo ruego, volveré en seguida.

La mujer de uniforme de enfermera se quedó atrás, con expresión dubitativa, mientras él hacía rodar su silla con rapidez, al lado

opuesto de la terraza, que se asomaba al mar en la zona donde ya no se alineaban los yates y embarcaciones deportivas.

Rodó después lentamente, como abstraído en mil pensamientos e ideas, el rostro ensombrecido a la claridad diáfana del sol mediterráneo. La brisa, liviana y fresca, con olor a salitre y yodo, agitaba levemente sus canosos cabellos cortados y peinados. Los alisó de forma mecánica, y clavó sus ojos en una determinada persona situada de cara al mar en aquella zona de la terraza.

No era la primera vez que le atraía la figura juvenil y esbelta de la joven pelirroja. Al revés que el llameante cabello rojo de Sharon, ésta lucía una tonalidad cobriza suave, posiblemente natural y por ello más discreto. No tenía la exuberancia física, la exultante sensualidad, de su amante, pero sí un atractivo diferente, pletórico de juventud y de aparente ingenuidad.

La había visto en dos o tres ocasiones en aquellos últimos días. Parecía desentonar un poco en un hotel de tanto lujo. Su ropa era humilde, aunque discreta y pulcra. Sus modales, los de una persona algo cohibida en un ambiente que no es el suyo habitual.

Algunos jóvenes de aspecto deportivo y frívolo la habían abordado en ocasiones. Ella siempre los rechazó cortésmente. Eso parecía confirmar la impresión de que la joven no deseaba entablar una relación que a la larga sería estéril o perjudicial, con gente de otro nivel social diferente al suyo.

—Discreta, inteligente y bonita —se dijo lord Spencer, empezando a hacer rodar su silla de ruedas hacia ella—. Sólo le falta dinero. Y seguridad en sí misma, en un ambiente así.

Se detuvo cerca de ella. Contempló su gracioso perfil, su naricilla, sus labios fruncidos, la mirada absorta, perdida en el azul del mar, los cabellos cobrizos, movidos por la brisa marina.

—¿Le gusta?

Ella se volvió, levemente sobresaltada. Le miró, al parecer algo molesta.

—Perdone —murmuró—. ¿Decía usted algo?

—Si le gustaba. El mar, claro.

—Mucho. Sobre todo, este mar. Su cielo, su sol, su clima...

—Ya veo que es usted inglesa.

—Sí, lo soy. Y usted también, ¿no es cierto, caballero?

—Así es —asintió con la cabeza—. Lord Spencer para servirla, señorita...

—Desmond —dijo ella con desgana—. Karin Desmond.

—¿De Londres?

—Sí.

—El acento era inconfundible —sonrió él—. También yo nací en Londres, aunque me crié en Devonshire. ¿Es su primer viaje al

continente?

—Pues... sí, lord Spencer —declaró ella, algo impresionada sin duda por su título—. Verá, yo no pertenezco a este mundo. Trabajo de secretaria en la City.

—Comprendo. ¿Vacaciones en el Mediterráneo?

—Algo así. Pero nunca hubiese podido ahorrar para esta clase de vacaciones. Gané un concurso.

—Oh, eso es muy novelesco —suspiró el aristócrata—. Es usted una joven muy sincera. No todo el mundo confesaría eso.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Creo que se nota que no estoy en mi ambiente.

—Podría tener la ocasión de cazar a un joven guapo y rico.

—Nunca he pensado en esa posibilidad. Y menos mediante un engaño, lord Spencer.

—Lo dicho: una chica honesta y sincera. Algo muy raro en nuestra época, créame. La he venido observando, y estaba seguro de que era así. Tal vez por ello mereció su premio. ¿Incluye ese concurso algo emocionante, como... pongamos un viaje en yate durante una semana?

—Cielos, no —rió ella de buen humor—. No llega a tanto. Eso sería un sueño. Adoro los yates y creo que sería feliz en una travesía por ese mar.

—¿Lo cree así de veras?

—Sí, sí. Adoro el mar, el sol, la vida sana al aire libre... Todo lo que no tengo en mi vida habitual. Supongo que eso le ocurre a todo el mundo.

—Sí, siempre soñamos con lo inalcanzable —suspiró lord Spencer, entornando sus ojos pensativos—. Incluso yo, señorita Desmond.

—¿Usted? ¿Qué habrá que no pueda alcanzar?

—Ah, mi querida señorita, nadie posee en esta vida lo que desea. Recuerde al pobre rey Midas. Deseaba que todo lo que tocara se convirtiera en oro. Al final, comprobó lo desgraciado que era con ese don, ya que incluso el agua y los alimentos se convertían en oro a su contacto. Un prodigio muy molesto, la verdad. Dígame, señorita Desmond, ¿qué clase de concurso ganó? Quiero decir en qué consistía su participación?

—Oh, bastaba enviar un cupón con la solución a una charada o adivinanza.

—Vaya, eso es curioso —comentó vivamente el aristócrata—. A mí me fascinan los acertijos.

—¿De veras? —se animó Karin—. Pues en eso consistía simplemente. A mí también me gustan mucho toda clase de adivinanzas, charadas, jeroglíficos y juegos de palabras. En la oficina dicen que soy una auténtica experta.

Lord Spencer escuchaba, con expresión meditativa. De pronto hizo una pregunta sorprendente.

—Señorita Desmond, ¿usted se atrevería a participar en un juego donde tuviera que demostrar ese mismo ingenio para adivinar una charada algo complicada y extraña... si supiera que el premio a su acierto sería la fortuna?

—Claro que lo haría —pestañeó la joven—. ¿Quién no?

—¿Y si ese mismo juego presentara una alternativa inquietante... como podría ser el castigo para quien no acertara? Y que ese castigo fuese lo bastante grave como para pensárselo mucho antes de aceptar el juego...

—¿Qué castigo podría ser tan terrible para el fracaso? —rió ella.

—La muerte.

Karin se quedó sorprendida. Ni siquiera llegó a reírse de aquello que podía parecer una broma de mal gusto. En vez de eso, repitió lentamente, la mirada fija en el noble británico:

—La muerte... Qué extraño juego, lord Spencer. No hay charadas así.

—Sí. Hay una, mi joven amiga —afirmó él—. Si de veras se cree tan hábil y posee una inteligencia vivaz y una buena imaginación, ¿por qué no aceptar ese juego con sus dos alternativas? Acertar la charada, supone la fortuna, la felicidad. Fracasas en el empeño... la muerte. Sencillamente eso, ¿Qué me dice?

—Que tendría que estar loco quien ofreciera un juego así a alguien.

—Yo *no* estoy loco. Y le ofrezco esa posibilidad, señorita Desmond —dijo gravemente lord Spencer. De debajo de su manta extrajo una cartulina rectangular, de color ocre, con bordes dorados y ondulantes. La alzó hacia la joven, sonriendo extrañamente—. ¿No quiere probar suerte? Esta es la invitación a un crucero por el Mediterráneo. Siete días en un hermoso yate de ensueño, con todos los lujos y caprichos a su alcance. Pero cuidado: esta tarjeta lleva impresa una charada. Que usted debe resolver para que, al término de ese viaje, alcance la fortuna definitiva. Volvería a Londres siendo una mujer muy rica. Pero si falla, si comete un error en la interpretación del acertijo... morirá.

Agitó la cartulina ante los ojos de ella, que miraban fascinada aquel tarjetón impreso por un lado con una serie de letras doradas, y por el otro con unas cuartetos impresos en negro y rojo, alternativamente.

—Bromea, supongo —y su voz le sonó ronca, insegura.

—En absoluto, querida mía —suspiró el noble—. Nadie bromea con el dinero y con la muerte. Veo que no se siente ya tan segura de sí en eso de los acertijos, ¿verdad? No se lo reprocho. Lo cierto es que el juego es demasiado arriesgado. A su edad, la posibilidad de morir no tiene ninguna gracia.

Perdone si la importuné. Buenos días, señorita Desmond.

Guardó la cartulina bajo su manta y rodó con su silla, tras una cortés

inclinación de cabeza. Había rodado cosa de cinco o seis yardas cuando la voz de ella le llamó:

—Espere, lord Spencer.

Paró en seco. Giró la cabeza.

—¿Sí? —preguntó.

Karin apretó los labios. Estaba ligeramente pálida. Aunque bajo aquel sol sonase todo tan absurdo, tan increíble, parecía tomarse muy en serio lo ofrecido.

—Deme esa invitación, lord Spencer —dijo con firmeza—. Acepto el reto.

—Bendito sea Dios... —suspiró él—. ¿Está segura? Es una decisión muy grave. No desearía enviarla a morir tan joven.

—La idea de una negativa me acompañaría mientras viviese, lord Spencer. Hasta ahora, ningún acertijo me ha fallado. No se me resistió ni uno solo. Es un reto a mi imaginación. Y es una posibilidad contra otra. Correré el riesgo.

—Le aseguro que no le he mentado en lo más mínimo. Si gana, será inmensamente rica. Pero si pierde... nada ni nadie podrá salvar su vida.

—No tiene que repetírmelo. He aceptado, lord Spencer.

—Bien... —alargó su mano, con el tarjetón—. Aquí tiene. Escriba usted misma su nombre en la tarjeta. Ahí indica el embarcadero y el número de emplazamiento del yate en que será admitida sin discusión, como invitada mía. No necesita llevar nada. A bordo tendrá ropas y cuanto necesite, en el camarote a usted destinado. Daré inmediatamente las órdenes para que prendas de su talla estén dispuestas. Pero recuerde que, una vez leve anclas ese yate, ya no podrá volverse atrás bajo pretexto alguno.

—De acuerdo. No me volveré atrás.

—¿Aunque esa charada le parezca insoluble en principio?

—Aún así. Puedo resolverla a bordo.

—Tendrá sólo siete días para ello. Ni uno más. Ciento sesenta y ocho horas. Ni un minuto de aplazamiento.

—Bastará, estoy segura de mí misma.

—Bravo. Me admira su valor y su firmeza. Sólo puedo desearle suerte.

—¿Me la desea, de verdad? —dudó ella, dando vueltas al tarjetón en sus manos.

—Sí. Totalmente. Cordialmente. Eso no quiere decir que si fracasa pueda mover una sola mano en su ayuda. No me será posible, y en su momento sabrá por qué. Pero personalmente, sepa que cuenta con mi fervoroso deseo de que triunfe.

—¿Me servirá de algo su deseo, lord Spencer?

—No. Francamente, no —sonrió él, moviendo la cabeza con lentitud

—. Lo siento. Hasta pronto, señorita Desmond. O hasta nunca...

—¿No le veré a bordo?

—Depende —sonrió enigmáticamente el aristócrata—. Pero aunque no me viese... sepa que estaré muy cerca de usted. Feliz viaje, amiga mía. Se alejó definitivamente, haciendo rodar de prisa su silla. Karin Desmond se quedó en la terraza del hotel, jugueteando aún con la cartulina bordeada de oro. Se preguntó si había hablado con un loco o un excéntrico. Si había escuchado tonterías sin sentido... o si la loca era ella y se había embarcado en la mayor y más trágica tontería imaginable.

Miró el tarjetón. Leyó su texto en letras doradas:

Lord y Lady Spencer invitan a...

A su crucero a bordo del yate «Medusa», por los mares Mediterráneo, Liguria y Tirreno, durante los días abajo señalados, comprometiéndose a participar en el juego de acertijos que al dorso se expone, y cuyo premio es digno de un rey. ¡Buena suerte!

Giró el tarjetón. Sus ojos sorprendidos leyeron las pintorescas cuartetas allí impresas. Evidentemente, no pretendían ser un poema, sino solamente lo que en realidad eran: un simple acertijo, una charada más o menos ingeniosa.

«Nada es lo que aparenta.

Con la muerte todo empezará.

Un “gran guiñol” así comienza, mas nadie sabe en qué acabará.

La Muerte a bordo es el programa.

Todos merecen su suerte final.

En los motivos de Beta y Gamma la clave prima encontrarás.

Ruta de oro o de perdición.

Elige bien o perecerás.

Alfa y Omega son tu elección, si lo imprevisto no surgió ya.

Si has elegido lo que conviene, cuida del áspid en el Edén.

Cuida si estalla, cuida si muerde y habrás logrado el supremo bien.»

Allí terminaba la charada. Cuatro cuartetas enigmáticas y nada claras, a juicio de una experta en la materia como era ella. Karin Desmond había tenido que resolver un sencillo acertijo en un cupón numerado, para entrar en el sorteo de aquellas soñadas vacaciones al sol mediterráneo. Pero no tenía comparación con este juego de palabras de lord Spencer en su tarjeta de invitación al crucero.

—No me gusta este juego —murmuró Karin, hablando consigo misma, mientras paseaba por la terraza del lujoso hotel releendo la charada—. No me gusta... Lo que aquí se ha escrito menciona cosas horribles: la muerte, el «gran guiñol», la perdición, el áspid... No sé, pero todo

ello tiene algo de siniestro, de inquietante... Algo que me causa cierto miedo...

Pero sin embargo, no pensaba renunciar a aquel mágico crucero surgido tan misteriosa e inesperadamente en su vida. Si existía en él una sola ocasión de alcanzar la fortuna prometida por sir Spencer, valía la pena intentarlo.

Aunque también la Muerte fuese compañera en ese enigmático viaje.

CAPÍTULO III

—Este es el lugar aproximado —dijo Lew Cameron, deteniendo la pequeña canoa a motor, provista de velas por si surgía alguna emergencia en alta mar. Echó una larga ojeada en torno suyo, contemplando el espejo azul y terso del mar, la lejanía de los islotes rocosos, con sus promontorios y arrecifes rocosos, sobrevolados por centenares de gaviotas chillonas.

Su compañera de viaje suspiró, sonriendo ampliamente.

—Es un sitio encantador y lleno de paz —comentó.

—También puede estar lleno de oro.

—Oro... ¿Es que sólo piensas en eso, Lew?

—No hemos venido a disfrutar del paisaje, Ivy. Estamos aquí en busca de nuestra posible fortuna. Un tesoro auténtico, sumergido en esas aguas.

—Nunca he creído demasiado en tesoros. El objeto de más valor que hallé en mis inmersiones, fue un antiguo jarrón etrusco que ahora se exhibe en un museo, y por el que sólo recibí la gratitud de una serie de arqueólogos y científicos. Desde que he descendido veces y veces al fondo de los mares, Lew, he dejado de creer en los sueños de viejos tesoros sumergidos.

—Sin embargo, el submarino nazi «*Kaiser*» se hundió una noche del año 1945 en estas aguas, procedente de África, con un cargamento de máximo secreto, una serie de cajas conteniendo oro en barras. Eso es cierto. Y el oro puede que esté aquí mismo, bajo nuestras narices.

—O puede que no. Ha podido ser hallado antes. O desplazarse con el movimiento de las corrientes marinas. O sepultarse tan profundamente en las arenas del fondo con su peso, que nadie lo pueda hallar jamás. E incluso pudo ser todo ello una fantasía de aquellos confusos tiempos de la Segunda Guerra Mundial.

—No pudo ser una fantasía. Mis informes proceden directamente del Almirantazgo británico y de un viejo marino hamburgués que formaba parte de la Armada alemana del III Reich. El submarino «*Kaiser*» se hundió realmente en su viaje de África a Europa, llevando un cargamento altamente secreto. Todos los agentes alemanes sabían por esas fechas que un cargamento de oro esperaba en un puerto africano para ser embarcado hacia Berlín, lo he comprobado en documentos de los archivos nazis que sobrevivieron a la destrucción del Reichstag.

—En suma: que estás completamente seguro de que vamos a hallar el tesoro —sonrió Ivy Turner risueñamente.

—De esas cosas nunca se puede estar seguro, Ivy —rechazó Lew Cameron arrugando el ceño—. Pero sé que está aquí. Que en un punto de estas aguas, el preciado cargamento y el submarino hundido esperan ser hallados por alguien. Y ese alguien podemos ser nosotros

dos. Según las leyes internacionales, estamos en alta mar, en aguas no jurisdiccionales. Si apareciese el oro, sería nuestro con todos los derechos. De modo que vale la pena buscarlo, ¿no crees?

—¿A qué hemos venido, si no? —rió ella con jovialidad—. Sólo pretendía hacerte ver, querido Lew, que no debes mostrarte tan seguro ni entusiasta. Buscaremos ese oro con todas nuestras fuerzas. Pero no estés demasiado convencido de que tengamos éxito.

—Algo me dice que lo tendremos, Ivy. Primero pensaba hacer esto yo solo, o contratando a un submarinista francés o italiano para ayudarme. Luego te conocí a ti... y pensé en ello repetidas veces antes de proponerte la empresa.

—De modo que no te sedujo mi belleza o mis atractivos, sino mi condición de submarinista experta —se enfurruñó ella frunciendo deliciosamente sus cejas.

—Oh, no digas tonterías —Lew se acercó a ella y rodeó su talle desnudo, mirándola profundamente a los ojos—. Sabes que, por encima de todo, es tu persona la que me atrajo y la que sigue atrayéndome. Lo de tus habilidades como submarinista es otra cosa, y me enteré de ello mucho más tarde.

—Eso es cierto —la esbelta, espléndida figura bronceada se irguió sobre la frágil y oscilante embarcación inmovilizada en medio del mar—. En fin, no sé si creer en ti o pensar que me estás utilizando para tus fines...

Ambos rieron, abrazándose el uno al otro. El sol mediterráneo hacía brillar como oro puro la piel tersa de las bellas pantorrillas y muslos de la joven, así como su estómago y espalda, visibles entre los cortos pantalones blancos y la blusa amarilla, anudada por encima del ombligo. Bajo esa blusa, sin sujeción alguna, dos hermosos y firmes pechos vibraban con cada movimiento.

Lew besó los carnosos labios de su bella compañera y ella le devolvió la caricia tiernamente. Se dejaron caer sobre el fondo de la embarcación, fuertemente abrazados, y el sol fue el único testigo de la fusión apasionada de aquellos cuerpos jóvenes y vitales, en la soledad impresionante de los mares.

Allá lejos, sobre los promontorios isleños, las gaviotas continuaban su interminable concierto, planeando sobre las rocas y las aguas azules.

* * *

A la misma hora en que el joven aventurero norteamericano y su hermosa compañera se amaban en la soledad marina, antes de iniciar las inmersiones en busca del soñado tesoro nazi, en otro punto del Mediterráneo, justamente en la costa francesa, se iniciaba la singladura de una embarcación muy diferente a la pequeña y frágil de los dos submarinistas.

El yate «*Medusa*», esbelto, blanco, grande y confortable, se hacía lentamente a la mar, tras haber subido a bordo el último de los viajeros previstos.

Y ese último viajero había sido, precisamente, lord Lionel Spencer, en su silla de ruedas, remontando la pasarela hasta llegar a cubierta, conducido por su secretario Howard Eaton y por su nueva enfermera, la señorita Clemens, que se limitó a subir en pos de ellos con su equipaje, ligero y escaso, ya que al parecer no la juzgaban adecuada para empujar la silla rodante para llegar a bordo, por la empinada pasarela tendida desde la tierra firme. En cambio, Howard Eaton era un hombre fornido, ancho y vigoroso, con fuerza sobrada para llevar a bordo a su jefe sin un tropiezo.

Lord Spencer entró en el yate con la cabeza inclinada, una gorra a cuadros sobre el rostro, tapándole la cabeza totalmente, los brazos hundidos bajo la manta que cubría sus piernas, y una total inmovilidad en su cuerpo encogido en la silla.

—Está medio adormilado tras la inyección —explicó la señorita Clemens a lady Spencer, que miró indiferente a su esposo, mientras Howard Eaton conducía la silla y a su ocupante, por la cubierta, en dirección al puente, donde se hallaba el camarote principal, destinado precisamente a los Spencer. Aunque más que tal camarote, constituía una suntuosa suite de lujosos camarotes y estancias, a disposición solamente de los propietarios del hermoso yate.

Nadie se preocupó demasiado de lord Spencer, cuyo carácter era conocido de todos, y cuyas rarezas se habían acostumbrado a soportar de mejor o peor grado.

Lady Vivian Spencer, la esposa del dueño del yate, se volvió hacia Karin Desmond, que tomaba un zumo de frutas a su lado, en la zona de la cubierta dedicada a bar, bajo un entoldado de vivos colores.

—Mi querida señorita Desmond, no sabe usted la extraña amistad que ha hecho, al conocer a mi esposo como me contó —suspiró la dama con un movimiento de cabeza—. Es el hombre más raro y sorprendente del mundo. Incluso a mí misma, todavía no ha dejado de sorprenderme a los veinticinco años de casados...

Y le sonrió, alejándose hacia el grupo formado por la llamativa Sharon Markham, una pelirroja espectacular, que charlaba con otros caballeros invitados por lord Spencer a aquel crucero por el Mediterráneo.

Karin dejó de preocuparse por sus compañeros de viaje, para clavar los ojos en tierra firme. Esta se despegaba lentamente de ellos ahora. Estaban comenzando a navegar. Bajo sus pies, vibraban los poderosos motores del bello navío de placer. Niza empezaba a alejarse de ellos.

Karin no pudo evitar un leve estremecimiento, a pesar de que el calor era intenso y el sol brillaba con todo su esplendor.

No era frío. Era miedo. Inquietud. Sobresalto, incluso.

Era como si una sutil corriente de aire helado hubiese cruzado de pronto la cubierta del yate, logrando congelar la sangre en sus venas por una décima de segundo. Ella era sensible a ciertas cosas.

Y algo le decía que aquel bello viaje placentero, no iba a serlo tanto en realidad. Un algo siniestro e intangible podía palpase a bordo, aunque todos los demás reían y bebían, formando grupos, sin que parecieran sentir esa misma impresión de ella. Howard Eaton, el secretario de lord Spencer, asomó un momento su vigorosa figura, sus anchas espaldas y recio rostro barbudo por la puerta de los camarotes donde acababan de depositar a su jefe en la silla de ruedas, encasquetándose una gorra marina de color azul, con anclas doradas.

—¡Eh, Howard! —llamó vivamente Sharon, la pelirroja del cuerpo escultural y las formas agresivas—. ¡Ven a tomar una copa con nosotros y deja por un rato al viejo cascarrabias!

Los demás rieron su comentario acerca de lord Lionel Spencer, pero Howard Eaton se limitó a sacudir negativamente la cabeza, miró a los presentes bajo sus gruesas e hirsutas cejas, tan negras como la barba, y se alejó hacia otro punto del barco, farfullando algo entre dientes. Su modo de andar, arrastrando ligeramente la pierna izquierda en una leve cojera, provocó comentarios en los presentes en cubierta.

—El perro fiel se dispone a cuidar de su amo con todo detalle —se burló Sharon frívolamente.

Uno de sus acompañantes hizo un malévolo comentario en ese punto:

—Yo no diría que Eaton sea un perro tan fiel como dices, encanto.

—¿A qué te refieres, Dustin? —abrió ingenuamente la pelirroja sus grandes ojos, con expresión de sorpresa.

—Oh, a nada que se ignore —replicó Dustin McKee, socio en las industrias de lord Spencer—. Resulta incluso sorprendente que viaje con nosotros esta vez. El viejo tiene pensado despedirle en cualquier momento. Pensé que lo haría antes de iniciar el crucero.

—¿Por qué iba a despedir a Howard? —objetó Sharon Markham.

—Vamos, vamos, no te hagas la ingenua. Su lealtad no es tan grande como parece. Tenemos claras evidencias de que ha abusado de la confianza de todos nosotros para cometer algunas irregularidades. Personalmente, nunca confié en él. Pero lord Spencer siempre ha querido tener fe en su secretario, y así le han ido las cosas en ese terreno.

—Bueno, bueno, basta ya de murmuraciones —cortó lady Spencer, molesta, interviniendo en la charla—. Estás hablando de más, Dustin. A fin de cuentas, todavía no se ha podido probar de modo irrefutable que Howard haya traicionado a Lionel. Es algo que él mismo ha dicho que quiere investigar a fondo, hasta estar absolutamente seguro.

—Oh, y sin duda lo hará —aseguró riendo el otro conversador, que

Karin había oído mencionar como Brian Kennedy, abogado y representante legal de todos los intereses personales y financieros de lord Spencer—. El viejo Lionel es terco y firme como una mula. Y os aseguro que como descubra que Howard es un granuja a sus espaldas, es capaz de hacerle arrojar por la borda en este mismo viaje...

—¡Qué exagerado eres, querido Brian! —protestó vivamente lady Spencer—. Lionel sería incapaz de matar ni a una mosca...

Karin Desmond se alejó, pensativa, apoyándose en la borda y contemplando el bellísimo panorama de Niza en la distancia, cada vez más lejos del yate.

Ya se había hablado de matar a alguien, aunque sólo en plan de broma y de malevolencia. Las gentes de a bordo no parecían simpatizar demasiado entre sí. Y aunque ellos no dieran importancia alguna a la charada del tarjetón de invitación al crucero, ella sí se la daba.

Hubiera querido pensar que todo era simple imaginación suya. Pero no pudo.

Estaba cada vez más inquieta. Más preocupada.

Realmente, algo ocurría a bordo. Pero ni siquiera sabía qué. Al menos, todavía no...

* * *

La cena estaba dispuesta.

Era la primera comida a bordo. Hamilton Brooke, el guapo piloto segundo —y chófer también de los Spencer—, asomó a la amplia sala donde tenía lugar el aperitivo previo, impecablemente uniformado de blanco, como oficial de a bordo, gorra en mano.

—Dentro de diez minutos, pueden reunirse todos en el comedor —anunció—. La cena se servirá en cuanto lord Spencer termine su siesta y salga del camarote.

Todos asintieron animadamente, con sus copas en la mano, ante la bandeja de mariscos y canapés. Karin Desmond comentó a su más inmediato vecino:

—Oh, es cierto. Lord Spencer no ha aparecido aún, para reunirse con nosotros.

—Mi querida jovencita, usted no conoce bien todavía a lord Spencer —rió suavemente el hombre alto, rubio y bien parecido, que tomaba un martini con lentitud, distraída la mirada de sus ojos pequeños y azules—. Es el pequeño tirano de a bordo. Y aunque hace toda esta clase de reuniones sociales, lo cierto es que las detesta, como creo que en el fondo nos detesta a todos cordialmente. Por eso procura fastidiarnos cuanto puede, obligándonos a plegarnos a sus caprichos. De ese modo, sabe que nos humilla un poco, y su ego se siente complacido.

—¿Tan perverso es lord Spencer? No me lo pareció en Niza...

—No he dicho que sea perverso. Sería una palabra demasiado fuerte. Pero sí que es un hombre que goza abusando de su poder sobre los demás. Últimamente, su salud no es muy buena, aunque haya quien dice que utiliza la silla de ruedas y a alguien para conducirla por el simple afán de causar más molestias y obligar a los demás a qué estén pendientes de él. Esta larga siesta es una evidencia más de lo que digo. La verdad es que no creo que haya subido a bordo con sueño, ni que su médico le haya recetado largos reposos. Pero es muy suyo no dar la bienvenida a nadie, y actuar a su antojo, despreciando olímpicamente a los demás.

—¿Incluida su propia esposa?

—Lady Spencer es la primera en sentirse humillada, con esas extravagancias, mi querida señorita —confesó con un suspiro el hombre rubio—. Y él lo sabe.

—¿El matrimonio no se lleva bien acaso?

—Lord Spencer no desea llevarse bien con nadie, eso le tiene perfectamente sin cuidado. Ni creo que ame a nadie tampoco, ni siquiera a su propia mujer.

—No simpatiza usted demasiado con él, a lo que veo —puntualizó suavemente Karin, contemplando al desconocido y arrogante caballero

—. Y, sin embargo, debe ser amigo suyo, cuando se encuentra en este crucero.

—Él no tiene amigos. Sólo colaboradores, personas que hacen algo por él, porque le deben algo. Yo soy una de esas personas. Permita que me presente: mi nombre es André Dumard, y mi profesión la política.

—¿Francés?

—Francocanadiense. De Montreal. Pero soy un hombre de influencias en la política francesa. Eso interesa a lord Spencer. Por eso recurre a mí siempre que me necesita.

—¿Y usted le ayuda?

—No tengo otro remedio —confesó sombríamente el hombre rubio, dejando su copa de martini casi vacía en una mesa—. Me veo obligado a ello por razones que difícilmente podría exponerle, señorita...

—Desmond. Karin Desmond —dijo ella con presteza.

—Pues bien, señorita Desmond: recuerde lo que le dije. Aquí, todos los que estamos reunidos, somos como marionetas en manos de lord Spencer. ¿Usted no?

—No creo —confesó ella, perpleja—. Aunque bien mirado, no sabría decírselo, señor Dumard...

—Lo supongo —murmuró él, sacudiendo la cabeza y alejándose de ella lentamente—. Es su gran habilidad: jugar con los seres humanos sin que éstos se den cuenta real de ello...

De todos modos ha sido un placer, señorita Desmond. Espero que este

viaje sea de su agrado. Pero lo dudo mucho. Nada es agradable al lado de Lionel Spencer, palabra...

Se ausentó de la sala, dejando a la joven preocupada y sorprendida. Recordó el aire afable y risueño de lord Spencer, en la terraza del hotel de Niza, y no logró encajar su imagen burlona y amable con la que acababa de pintar de él aquel político francocanadiense que, sin duda, se veía obligado a trabajar para lord Spencer en el turbio mundo de la política internacional.

—Es irritante —oyó comentar cerca de ella—. Siempre igual. ¿Por qué diablos no ha salido ya lord Spencer de su camarote?

—Lo de siempre —refunfuñó otra voz—. Ese maldito tirano hace lo que se le antoja, sin preocuparse de los demás...

Se volvió discretamente. Esos comentarios cazados al aire coincidían, en cierto modo, con las palabras de Dumard. Nadie parecía sentir afecto especial hacia su anfitrión, a bordo del «*Medusa*».

Los que hablaban eran Dustin McKee, el propio socio del aristócrata, con un caballero de cabello canoso abundante, gafas de gruesa montura de concha y aire tranquilo. Recordó que era el doctor Halloway, el médico personal de lord Spencer en Inglaterra, que hacía el viaje con ellos en este momento, al parecer por primera vez. Quien más duramente se había referido a su paciente no era él, sino el rollizo y saludable McKee, su socio.

Lady Spencer, con su aire majestuoso, arrogante, su madurez espléndida y su serena belleza enmarcada por el cabello color ceniza, de tono artificial sin duda alguna, se aproximó a ellos en ese momento, con una sonrisa cálida en sus finos labios.

—Caballeros, deben disculpar todos a mi esposo —dijo con voz profunda y suave—. Él acostumbra a tener pocos miramientos con los demás, iré a llamarle ahora mismo. Si yo le requiero fuera del camarote, estoy segura de que no se negará. Nos reuniremos con ustedes en el comedor, pueden ir dirigiéndose hacia allá.

—Sí, lady Spencer —dijo el socio McKee, con una clara apariencia de respeto hacia la dama—. Como usted quiera, señora. Al que tampoco he visto en todo el tiempo es a Howard...

—Oh, él tiene trabajo abundante hoy —sonrió ella de nuevo—: Me dijo antes de subir a bordo, que tendría una tarde muy ocupada, arreglando una serie de asuntos urgentes que no admitían demora. Se encerró en su camarote, y allí supongo que seguirá. Como no lo tiene lejos del de mi esposo, llamaré también para que se reúna con nosotros, no se preocupen. Después de todo, durante los dos meses que Lionel ha estado internado voluntariamente en una clínica de reposo, ni Howard ni yo misma pudimos ir a verle. Aún no lo he visto desde antes de ese periodo.

—Howard trabaja demasiado —comentó McKee con un suspiro—.

Pero eso es bueno para el negocio..., siempre que su trabajo sea honesto.

—Por Dios, mi querido amigo, qué cosas dice —los ojos grises y astutos de la dama se fijaron con cierta alarma y sobresalto en el socio de su marido—. La confianza de Lionel en Howard es absoluta Y la mía también. Supongo que hablaría en broma...

—Ojalá fuese así, lady Spencer —Dustin McKee inclinó la cabeza, como si le fascinara el brillo dorado del aperitivo en su copa—. Pero su esposo piensa como yo en estos últimos tiempos. Hay algo raro y poco de fiar en el comportamiento de Howard Eaton...

Ella pareció perpleja, y se retiró sin hacer comentarios, abandonando la sala bien iluminada donde tenía lugar la recepción. Karin Desmond se dispuso también a salir de allí, cuando casi se tropezó con la pelirroja y exuberante Sharon Markham, que había estado de charla todo el tiempo con Brian Kennedy, el abogado de lord Spencer, si bien sus miradas se cruzaban, disimuladamente, y con frecuencia sospechosa, con la del recién llegado oficial de a bordo, Hamilton Brooke, segundo piloto del yate.

—Oh, perdona, querida —se excusó la llameante y explosiva Sharon con una sonrisa radiante, apoyándose en un brazo de Karin, a quien contempló interesada—. ¿Realmente te divierte este crucero?

—De momento no está mal —admitió Karin, algo turbada ante aquella hembra capaz de atraer hacia sí a todos los hombres como si fuese un panal de miel atacado por las moscas y cuyo cuerpo, en su totalidad, parecía despedir un halo de sensualidad casi tangible—. Y eso que es sólo el principio...

—Te aseguro que todos son igual de aburridos de principio a fin. Yo que tú me buscaría un amiguito afectuoso para divertirme algo más en la travesía. Emociones no son lo que sobran en los cruceros de lord Spencer. Ese canadiense, el político, no está nada mal, ¿verdad, querida?

—La verdad es que no me fijé demasiado en él... —confesó, algo cohibida, Karin.

—Pues hiciste mal. Es un tipo atractivo. Y generoso con las chicas. Sobre todo, no te fijas en ese guapo mozo de uniforme, ¿eh? Es todo mío. Aunque te digan malas lenguas que soy la amiguita de lord Spencer, no es que te mientan, pero una chica como yo necesita algo más que un viejo bribón para sentirse satisfecha, ¿comprendes?

Y rió provocativa, acariciando una mejilla de Karin y alejándose para reunirse con el piloto Brooks y los demás, moviendo agresivamente sus curvas. Karin, sofocada, salió también de la sala, sintiéndose avergonzada por el exceso de procacidad de la damita seductora.

Respiró hondo Karin, una vez en cubierta, bajo el cielo estrellado, azul oscuro, y el rubor de sus mejillas se extinguió al recibir la fresca brisa

marina. Alrededor del yate, el Mediterráneo era un espejo sereno y hermoso, reflejando las luces de a bordo. En la distancia, muy en la distancia, alguna isla exhibía pequeñas lucecillas casi invisibles. Eso era todo lo que podía ver desde la cubierta.

Paseó por ella, sintiéndose acariciada por el aire con olor a salitre, viendo cómo la proa de la embarcación cortaba el agua como una blanca cuchilla, y la espuma brillaba, fosforescente, a ambos lados del yate.

—No lo entiendo —oyó una voz femenina cerca de ella, con tono desabrido—. Es el peor paciente que jamás he tenido. Ni siquiera hace caso a mis llamadas, pese a que la hora de su medicina pasó hace un cuarto de hora... Espero que se comporte mejor con su esposa...

—Cálmese, señorita Clemens —respondió una voz masculina—. Lord Spencer es así. No tolera otra voluntad que la suya. Ya se irá acostumbrando a sus caprichos.

Aparecieron por el recodo de los camarotes la enfermera de pelo canoso y un fornido marino uniformado de camarero, con chaquetilla blanca y cordones dorados. Su cabeza rapada a cepillo, asomaba sólida por encima de las hombreras de oro de su chaqueta, caminando junto a la señorita Clemens, camino del comedor.

Esta, al ver a Karin, tuvo un gesto de simpatía y redujo el paso.

—Ah, hola, querida —saludó—. No sabe usted lo que es cuidar de un hombre como ése. Ni su propio médico, el doctor Halloway, hace carrera de él. Y eso que le exigió severamente que respetara las horas de los medicamentos, antes de subir a bordo. Pero ya me avisó de que era imposible meterle en cintura, y que iba a pasar malos ratos con él.

—Creo que su mujer ha ido a llamarle —comentó Karin, sonriendo.

—Sí, me he cruzado con ella ahora. Veremos si resulta —la enfermera pareció estremecerse, y se envolvió mejor en un chal gris de lana—. Vaya con el Mediterráneo... Refresca mucho por las noches, querida.

—Es la brisa marina —sonrió el camarero—. Además, los boletines meteorológicos anuncian un brusco cambio de tiempo. Una borrasca del norte viene sobre esta zona. La tendremos aquí entre mañana y pasado... Disculpen, señoritas. Debo estar ya en el comedor para servir la cena. No se retrasen. Creo que les gustará el menú. Mike es el mejor cocinero que navega por este mar, estoy seguro.

El camarero se alejó con paso enérgico. Las dos mujeres caminaron más despacio tras de él.

Y de repente, un largo, terrible alarido de mujer, rasgó la calma de la noche a bordo. Karin se estremeció, repentinamente aterrorizada.

Aquel grito desgarrador y terrible, fue para Karin Desmond como el clarín del Juicio Final. Instintivamente, supo que algo espantoso había comenzado a bordo.

Pero nunca imaginó que pudiera serlo tanto.

CAPÍTULO IV

El grito se repitió con mayor estridencia y angustia que antes.

Procedentes del comedor del yate llegaron voces de alarma. Reapareció, a la carrera, el vigoroso camarero de la chaquetilla blanca, respirando fuerte.

—¿Qué sucede? —preguntó, asustado—. ¿Ha gritado alguna de ustedes?

—No, no —negó Karin, roncamente—. Ha sido hacia allí.

Y señaló al puente de proa. El camarero lanzó un grito bronco.

—¡Lady Spencer! —clamó, corriendo en esa dirección, desesperadamente.

Tras una indecisión, Karin también echó a correr en igual sentido, mientras la enfermera se quedaba atrás, vacilante. Oyó pisadas rápidas en pos suyo, procedentes sin duda del comedor.

Al llegar al puente de proa, donde se hallaban los camarotes de la suite de los Spencer, Karin descubrió a una lady Spencer muy distinta a la que ella dejara poco antes.

Lívida, convulsa, se agitaba, pegada al muro, junto a una puerta abierta, por la que salía luz al exterior, y sus ojos dilatados parecían haberse enfrentado con la más espantosa visión imaginable, tal era el terror reflejado en ellos.

—Lady Spencer... —masculló el camarero, llegando hasta ella—. ¿Qué le ocurre?

Ella pudo tartamudear, alargando su brazo hacia la puerta abierta:

—Ahí... Ahí... Dios mío, es horrible...

El camarero vaciló, contemplando la puerta iluminada. Luego meneó la cabeza, desorientado.

—Es el camarote del señor Eaton, señora... —murmuró, confuso.

Asintió la dama, temblorosa y confusa. El camarero avanzó, asomando a la puerta, y tras él, con rapidez, lo hizo la propia Karin, antes de que nadie pudiera evitarlo.

—¡No, por favor, señorita! —se apresuró a exclamar el hombre, volviéndose para apartar de allí a la muchacha—. No mire, se lo ruego...

Pero era tarde. Karin ya lo había visto todo. Con ojos dilatados, la expresión llena de horror, podía ver en medio del camarote al mismo hombre que viera subiendo a bordo, conduciendo la silla de ruedas de lord Spencer, tendido en el suelo, inerte, boca arriba, con la boca abierta, la barba ensangrentada, lo mismo que sus ropas, a causa del tremendo tajo que cruzaba su garganta de oreja a oreja, degollándole como a un cerdo.

En el suelo del camarote, la sangre formaba un amplio charco de un rojo vivo y oscuro, capaz de impresionar al más templado. El rostro

del camarero tenía el matiz de un papel de estraza, dado el tono moreno de su piel, ahora demudado por una lividez mortal.

Karin Desmond se portó con una valentía pasmosa. Ni un solo gemido escapó de sus labios. Se limitó a contemplar la trágica escena, sin otra reacción que su súbita palidez y su convulsión inicial. Serena, asombrosamente serena, se volvió a los que ya acudían desde el comedor, capitaneados por Hamilton Brooke.

—No entren ahí —pidió ella con voz firme, segurísima—. Posiblemente borrarían huellas muy útiles para la policía cuando volvamos a tierra. Creo que se trata de un asesinato, sin duda alguna.

—¡Un asesinato! —clamó Brooke, parándose en seco—. Dios mío...

—El doctor podría confirmarlo, en todo caso —siguió Karin—. Él sí debería entrar, con las debidas precauciones...

El doctor Halloway se apartó del grupo, acercándose con relativa serenidad a la muchacha y al camarero. La enfermera Clemens, muy pálida también, parecía reaccionar, acercándose a la puerta del escenario del macabro hallazgo.

—Si puedo ayudarle en algo, doctor Halloway... —se ofreció procurando mostrar una fría eficiencia profesional, pese a su sobresalto.

—Sí, gracias, señorita Clemens —dijo el médico, llegando a la entrada del camarote—. La avisaré si la necesito. De momento, pasaré yo solo... La señorita Desmond tiene razón. No deben borrarse huellas si esto ha sido un hecho criminal.

El médico inglés entró en el camarote. Karin le vio actuar, desde el quicio de la entrada, totalmente tranquila, ante el pasmo visible del camarero, que no daba crédito a sus ojos ante el valor imprevisible de aquella jovencita de aspecto frágil.

El doctor Halloway examinó el cuerpo, la herida, miró en derredor, tras pulsar al caído y hacer una serie de comprobaciones rutinarias. Se incorporó con un suspiro y, evitando pisar o tocar nada, regresó a la puerta, mirando sombrío al grupo reunido ante él. Ya Hamilton Brooke acogía en sus brazos, con sospechoso afecto, a lady Spencer, bajo la mirada ligeramente contrariada de la pelirroja Sharon.

—Creo que la señorita Desmond tiene razón —señaló el galeno. Es un crimen, sin lugar a dudas. Alguien degolló al señor Eaton con un objeto muy cortante. No hará ni media hora que se produjo el hecho, a juzgar por el calor del cuerpo y el estado de la sangre vertida. Es obvio que no hubo lucha. Debieron sorprenderle por completo... o conocía demasiado a su asesino para temer nada de él.

—De él... o de ella —sugirió Karin, pensativa.

La miró con sobresalto el doctor Halloway. Y también los demás.

—Sí, claro —aceptó el médico—. Lo mencioné en masculino porque es la forma genérica de referirse a alguien, sin concretar sexo, señorita

Desmond. Creo que convendrá llamar a las autoridades cuanto antes, señores.

—Es evidente —admitió Hamilton Brooke, acercándose y echando desde fuera una ojeada dentro. Se estremeció visiblemente y añadió—: Pero quien debe tomar decisiones es el propio lord Spencer. A fin de cuentas, es el propietario y capitán de este barco, en toda la extensión de la palabra. Señora, ¿sigue encerrado en su camarote?

—No..., no sé... —sollozó ella roncamente, apoyada en el piloto naval y chófer de la familia, con familiaridad harto significativa, mientras él acariciaba sus cabellos—. Le he llamado repetidas veces. No contesta. Eso lo hace él frecuentemente, pero ahora me da miedo... Por eso fui en busca de Howard, para que me ayudara a hacer salir a Lionel, y al intentar llamar, la puerta estaba abierta, asomé y... ¡Oh, Dios mío!

—Serénese, señora —murmuró Hamilton dulcemente—. Creo que aunque sea una excentricidad más de su esposo, esta vez no podemos respetar sus deseos. Aunque monte en cólera luego, es preciso entrar por la fuerza en ese camarote, si él no nos abre, ¿está claro? Dada la situación, tiene que adoptar todas las responsabilidades de su condición, o en su defecto dejar que sea yo quien las tome.

Y, resueltamente, dejando a la señora Spencer en manos de la enfermera Clemens, fue al corredor de la suite de los Spencer y golpeó con fuerza en la puerta del camarote donde se encerrara el dueño del yate al llegar a bordo.

Llamó enérgicamente varias veces, martilleó la puerta con violencia, pero no hubo la menor respuesta. Malhumorado, se volvió a los demás.

—Es necesaria una llave duplicada para entrar. O derribaremos la puerta.

—Espere, Hamilton —habló el camarero vivamente—. Creo que hay duplicado de todas las llaves en la cabina de servicio, para emergencias...

Se alejó a la carrera, regresando poco después con un manojo de llaves. El negro Mike Robson, el cocinero, le acompañaba en esta ocasión, con sus redondos ojos muy abiertos y la expresión asustada.

—Veamos —dijo Hamilton Brooke, dominando su tensión, rodeado por todos los presentes.

Probó varias llaves, hasta que una encajó en la cerradura de la lustrosa puerta con letras doradas, en la que se escribía el nombre de lord Spencer, y cedió el pestillo interior. La puerta estaba abierta.

Resopló Brooke, vacilante, mirando a los demás. No sabía qué hacer, ahora que la entrada estaba franqueada. El doctor Halloway se adelantó, ligeramente tenso, y resolvió con voz enérgica:

—Yo entraré. Creo que es lo mejor, puesto que ya lo hice una vez...

Resueltamente, el médico de lord Spencer penetró en el camarote.

Todos observaron que éste se hallaba totalmente a oscuras, como si el aristócrata siguiera disfrutando de su interminable siesta de aquel día, El doctor, usando un pañuelo para no tocar con sus dedos el interruptor, dio la luz.

Karin, rápida, asomó tras las espaldas del galeno, pese al esfuerzo por impedirlo que hizo Hamilton Brooke.

—Por favor, señorita Desmond, parece usted muy valerosa, pero no debe arriesgarse a ver nuevos horrores —musitó—. Lord Spencer puede estar... muerto también.

Ella no dijo nada. Contemplaba al médico, inclinándose sobre la litera donde reposaba alguien, tapado por las sábanas. La joven notó que su corazón palpitaba con fuerza, cuando el médico, resueltamente, tiró a un lado de las ropas, dejando al descubierto un cuerpo desnudo. Sobre una percha inmediata, se veían colgadas las ropas personales de lord Spencer, incluida su gorra a cuadros y su bufanda. No lejos de la litera, estaba la silla de ruedas.

Una imprecación de asombro escapó de la garganta del médico. Karin, que esperaba enfrentarse a algo horrible, y que había cerrado los ojos un instante, por simple pudor ante la presencia de un cuerpo masculino desnudo, ahora contemplaba también estupefacta lo que había en el lecho de lord Spencer.

—¿Qué..., qué ocurre ahí dentro? —gimió la voz apagada de lady Spencer—. Mi marido, por el amor de Dios... ¿Está..., está... *muerto*?

—¿Muerto? —repitió Karin volviéndose hacia ella con la perplejidad asomada a su rostro—. Ni siquiera está ahí su esposo, lady Spencer... Sólo hay... *un muñeco de goma* sobre la cama...

* * *

—¡Un muñeco de goma! Pero... ¿dónde está lord Spencer, en tal caso? Un profundo silencio acogió la pregunta que acababa de formularse en voz alta el aturdido Hamilton Brooke, de regreso al comedor, aunque nadie pensaba ya en cenar en estos momentos.

—Eso, nadie lo sabe —murmuró el camarero, Brad Warrick, encogiéndose de hombros—. Robson y Keel han recorrido todo el yate en su busca sin dar con él. No hay demasiados escondrijos a bordo, pero siempre puede ocultarse una persona de forma que resulte complicado dar con ella. Aunque no puedo entender por qué se escondería lord Spencer... ni qué interés tendría cualquier otra persona en esconderle, vivo o muerto.

—Personalmente, opino que lord Spencer *nunca* subió a bordo.

La inesperada frase había surgido de labios de Karin Desmond, la única invitada a bordo que se sentía desconectada de toda aquella gente, de su mundo y de sus problemas, pero que se hallaba tan inmersa como todos ellos en el suceso sangriento de a bordo.

—¡Señorita Desmond! —protestó vivamente lady Spencer, mirándola asombrada—. ¿Qué es lo que quiere decir con eso? Todos pudimos ver que mi esposo subía a bordo, conducido por el señor Eaton, su secretario...

—Disculpe, señora —rectificó suavemente Karin—. Todos pudimos ver cómo el señor Eaton subía a bordo con *una forma inmóvil* en la silla de ruedas. Alguien cuyo rostro y fisonomía nadie advertimos bajo esa gorra a cuadros. Es más, recuerden que entre la manta, la bufanda y la gorra, el ocupante de la silla aparecía totalmente oculto, hasta el punto de que Howard Eaton pudo haber subido a bordo UN SIMPLE MUÑECO DE GOMA, simulando ser lord Spencer, sin que éste ocupara necesariamente esa silla.

—¡Pero eso es absurdo! —protestó vivamente Dustin McKee, su socio. —¿Absurdo? —Karin se volvió hacia él—. ¿No lo es también la muerte de Eaton, señor McKee? ¿No es absurdo hallar un simple muñeco de goma en la cama de lord Spencer, cuando todos pensábamos que estaba él en persona durmiendo allí su siesta?

McKee inclinó la cabeza, reconociendo con su silencio que, en cierto modo, no encontraba argumentos para discutir la aplastante lógica de aquella jovencita inglesa, valerosa e inteligente.

—Aun así, querida amiga, esto no tiene mucho sentido. Si Howard subió un monigote a bordo, en lugar de subir a lord Spencer, tenía que haber una razón. Él tenía que saber que no llevaba un ser humano en la silla de ruedas, ¿no? —objetó Sharon con vivacidad.

—Evidentemente —sonrió Karin—. Nadie podrá confundir un muñeco con un ser viviente. Y menos aún su propio secretario.

—¿Entonces...? —musitó débilmente lady Spencer.

—La persona que podría respondernos a ese interrogante, da la casualidad que es la única en este yate que no puede hacerlo —comentó tristemente Karin—. Howard Eaton está muerto, no lo olviden. Y los muertos no responden preguntas.

—Muy ingenioso —murmuró agriamente Brian Kennedy, el abogado de los Spencer—. Además de valerosa, demuestra tener usted un raro sentido del humor que yo calificaría de macabro, señorita Desmond. ¿Cuál es su profesión, exactamente?

—Oficinista en la City, señor Kennedy —sonrió amargamente Karin—. No soy una mujer detective ni nada parecido. Pero me guió por la lógica. Además, recuerden que lord Spencer parecía saber ya de antemano lo que iba a suceder en este viaje.

—¿Qué insinúa usted con eso, señorita Desmond? —se alteró lady Spencer.

—Me limito a recordarles lo escrito al dorso del tarjetón de invitación a este crucero —comentó Karin.

—Oh, eso... —rechazó con prontitud McKee—. No debe hacer caso de

tales bromas. Lord Spencer es muy aficionado a esos juegos. Los hace más por burlarse de los demás que por darle un significado especial, —¿Usted cree? —dudó ostensiblemente la joven londinense, recitando luego de memoria la primera parte de la charada, que recordaba sin el menor fallo—: «Nada es lo que aparenta. Con la muerte todo empezará. Un “gran guiñol” así comienza, mas nadie sabe en qué acabará...» ¿Se da cuenta? *Con la muerte todo empezará*. Y así ha sido. Siguió un profundo silencio. En el comedor, todos permanecían cabizbajos, ceñudos, con el rostro ensombrecido por la preocupación. Hamilton Brooke se incorporó resueltamente, dejando de permanecer al lado de Sharon Markham. Habló con tono enérgico:

—Bien, señores. En ausencia de lord Spencer, esté o no a bordo, soy el responsable de cuanto sucede, en este barco, y, por tanto, voy a tomar una decisión inmediata. Vamos a informar por radio a las autoridades navales de lo sucedido, para que venga una patrullera a bordo y se haga cargo de las investigaciones. ¿Qué opina de ello, lady Spencer?

—Creo que no hay otra cosa más sensata que hacer —manifestó la dama gravemente—. Actúe según su criterio, Brooke. Tal vez mi marido se quedó en Niza, para gastarnos una broma que, a fin de cuentas, por la razón que sea, resultó macabra. Lo más sensato es informar a las autoridades navales de esta zona. ¡Dios, ni siquiera he podido verle desde que salió de esa clínica privada donde se encerró dos meses para reposar, sin admitir visitas!

—Estamos en aguas italianas, de modo que avisaremos a los guardacostas de esa nacionalidad para que se hagan cargo de todo —y salió rápidamente, cerrando tras de sí.

Los ocupantes del comedor continuaron callados. El camarero sugirió débilmente:

—¿Alguien desea cenar o tomar algo caliente, por favor? Se miraron entre sí, indecisos. El doctor Halloway solicitó una taza de caldo y una copa de jerez seco por todo alimento. André Dumard dijo que tomaría un pequeño emparedado de jamón cocido, y la enfermera Clemens aceptó un poco de carne asada con puré de patatas y una cerveza. Los demás se abstuvieron. No podía decirse que la primera cena a bordo resultara un éxito, ni mucho menos.

—Nunca debí venir a bordo —dijo Karin, como hablando consigo misma, mirando a través de un ojo de buey hacia el mar en quietud, donde no se veía ahora brillar ninguna luz en la distancia. Estaban en alta mar, lejos de la costa, evidentemente.

—¿Por qué dice eso?

Se volvió al sonar la voz a su lado. Era Brian Kennedy, el abogado de los Spencer, quien le hacía la pregunta, mientras tomaba una copa de vino sin alimento alguno para acompañarla.

—No sé. Desde un principio, vi algo raro en todo esto. La forma de

encontrarme a lord Spencer, su invitación, sus extraños comentarios...

—¿Extraños? —el abogado arrugó el ceño.

—Sí —la joven le miró abierta, francamente—. Usted debe conocer mucho mejor que yo, lógicamente, al dueño de este yate. Vi algo raro en él desde un principio. Y no sé lo que era.

—Ya ha oído hablar de él a todos. Es un pequeño tirano, un hombre caprichoso, cínico y extravagante. Posee demasiado poder y dinero para resultar humano. Goza haciendo sufrir a los demás.

—¿Usted cree que hace todo esto para hacernos sufrir?

—¿A qué se refiere al decir «todo esto»? —se alarmó Kennedy—. No le supondrá involucrado en ese crimen, ¿no?

—¿Por qué no? Howard Eaton era el único que sabía por qué subió a bordo un muñeco en lugar de lord Spencer. Tuvo que ponerlo él mismo en el camarote, fingiendo que era el dueño del yate en persona quien se acostaba allí. Después, alguien le mató en su propio alojamiento, vecino al de lord Spencer. Resulta lógico sospechar que todo forme parte de un «gran guiñol» formado e ideado por nuestro anfitrión.

—Vuelve a pensar en la charada impresa en la invitación, ¿eh? —sonrió Kennedy—. No sé, pero nunca imaginaría que el asesinato a sangre fría formase parte de las diversiones de mi cliente, la verdad. Su sadismo no llegó nunca tan lejos.

—Existen dos posibilidades, entonces, o él planeó este siniestro juego... o sabía que *alguien*, en este yate, iba a montar a bordo un drama sangriento.

—Nos estarnos perdiendo en teorías, señorita Desmond —suspiró el abogado con gesto contrariado—. ¿No será mejor dejar esto en manos de las autoridades italianas o francesas, y que ellos resuelvan el caso sin necesidad de detectives aficionados? A fin de cuentas, será cosa de minutos que llegue una patrullera y se haga cargo de todo... Nos reintegrarán a tierra firme, y fin de esta pesadilla.

—¿Usted cree? —dudó la joven—. Me pregunto si...

—¿Qué se pregunta?

—No, nada —meneó la cabeza, sin añadir más.

El abogado la miró, perplejo, y se dispuso a alejarse de ella. En ese momento, la puerta del comedor se abrió con cierta brusquedad, y asomó de nuevo la bronceína y arrogante figura de Hamilton Brooke, con el rostro desencajado. Todos se volvieron hacia él.

—Y bien, Brooke, ¿ha comunicado ya con las autoridades navales? —preguntó Dustin McKee suavemente.

—Es imposible, señores —dijo roncamente el piloto.

—¿Cómo? —replicó André Dumard—. ¿Por qué es imposible?

—La radio de a bordo... Ha sido averiada. Irremisiblemente averiada. No tiene reparación posible. Estamos definitivamente aislados de todo

otro barco o de tierra firme. Las piezas dañadas no tienen repuesto alguno,

—¡Dios mío! —clamó lady Spencer, angustiada—. ¡Todo esto suena a trampa! ¡Es como dejarnos aislados en medio del mar, sin ayuda posible!

—Cálmese, Vivían —la trató de confortar Dustin McKee—. Brooke, ordene volver inmediatamente a tierra. El crucero ha terminado.

—Ya he pensado en ello, señor McKee —replicó Hamilton Brooke, muy pálido bajo su saludable capa bronceada—. Es inútil. También los motores están dañados de forma irreversible. *No podemos movernos de este punto ni comunicar con nadie.*

—Debe estar en un error, oficial —dijo Karin, asomada aún ojo de buey—. En este momento, sospecho que *nos estamos moviendo*.

Brooke mostró su perplejidad ante la noticia. Iba a reunirse con ella para otear el exterior, cuando el negro camarero, Mike Robson, asomó por la puerta del comedor, informando con tono asustado a su superior:

—¡Señor Brooke, el barco...! Alguien ha desprendido el ancla... y estamos navegando a la deriva, a merced de la corriente...

CAPÍTULO V

—Utilizaron un soplete, es evidente... Así se desprendió la cadena del ancla, dejándonos a merced de las corrientes de esta zona. ¿Quién diablos pudo hacer esto en tan poco tiempo, y sin ser advertido?

—Evidentemente, alguien que conoce muy bien el yate —apuntó sombríamente el doctor Holloway.

Karin cruzó su mirada con el abogado Kennedy, que se mordió el labio inferior.

—Volvemos a lord Spencer, ¿no, señor Kennedy? —sonrió ella, irónica.

—Maldición, eso no tiene sentido —jadeó el abogado—. No puede hacernos esto...

—Recuerde que es solamente simple teoría, por el momento —suspiró Karin Desmond—. Pero todos estábamos en el comedor mientras desprendían el ancla. Todos, excepto los empleados del yate, el cocinero Robson, el camarero Warrick y el marino Keel, ¿no es así?

—Eso eleva a cuatro el número de sospechosos, señorita Desmond —objetó Kennedy.

—¿Por qué querrían obrar así los marinos del yate?

—¿Por qué lord Spencer?

—Usted lo ha dicho: le gustan las excentricidades.

—Sí, pero ninguna que implique derramamiento de sangre humana, una muerte violenta.

—Puede ser un nuevo juego más apasionado si cabe. Si hacemos caso de esa charada, no será la única. Es sólo el principio. El inicio del «gran guiñol». Ahora no podemos recurrir a la policía, no podemos volver a tierra...

—Esto no es el Pacífico ni el Mar de China —protestó Kennedy—. Es fácil hallar embarcaciones pesqueras, otros yates, canoas a motor, islas habitadas...

—Estamos a viernes noche, señor Kennedy —le recordó ella suavemente—. El fin de semana pesca poca gente. Además, estamos lo bastante lejos de Córcega, de la costa italiana y de la francesa, como para que en dos o tres días no veamos lugar habitado alguno. Lo poco que sé sobre el Tirreno, el mar de Liguria y el Mediterráneo en sí, me indican que lo más próximo a nosotros en estos momentos deben ser unos islotes deshabitados, al sur de Elba, donde sólo anidan gaviotas y aves marinas de otras clases, ¿no es cierto?

—Es usted toda una experta en esas cuestiones —gruñó el abogado—. Me temo que sea así. Sábado y domingo son malos días para hallar pescadores.

—Sobre todo, aproximándose una borrasca del norte —observó ella suavemente.

—¿Qué? ¿Una borrasca? —el abogado elevó la voz, con sobresalto—. ¿Está segura de eso, señorita Desmond?

—Sí, eso es cierto —fue la voz de Hamilton Brooke la que terció en la cuestión—. Los boletines meteorológicos ya lo han anunciado. Tendremos una fuerte borrasca, con fuerte marejada, en las próximas horas.

—¡Lo que nos faltaba! —gimió Kennedy—. Sin motor ni medio de pedir ayuda, podemos terminar estrellándonos en los arrecifes de los islotes...

—Procuraremos que ello no suceda, señor Kennedy —afirmó severamente Brooke—. Perdonen ahora. Voy a intentar todo lo humanamente posible para salir de aquí o evitar las fuertes corrientes que vendrán con la marejada. Ahora me debo totalmente al yate.

—Hamilton... —comenzó Sharon con voz débil.

La miró. Un destello de energía asomó a sus ojos.

—Lo siento, querida —dijo sordamente—. El yate es ahora lo primero. Abandonó el comedor. Sharon se mordió el labio, despechada. McKee soltó una breve risita, mirándola de soslayo. Lady Vivian Spencer, como si no fuera nada con ella, permanecía abstraída, en un sillón de alto respaldo, con un pañuelo contra sus labios y las manos crispadas. Se respiraba en el comedor una atmósfera tensa e incómoda.

A eso de las doce y media de la noche, Brooke rogó a todos que se retirasen a sus camarotes, mientras él y sus hombres trabajaban en un esfuerzo supremo por resolver algo positivo. En silencio, todos iniciaron la retirada. Warrick, el camarero, dijo que había una bandeja en cada camarote, con provisiones y bebidas, por si a alguien se le abría el apetito durante las horas de la noche, dado que no habían cenado.

Karin entró en su camarote y giró la llave en la cerradura. No existía pestillo de seguridad, y recordando que había duplicados de todas las llaves, el sistema de cierre no parecía demasiado de fiar. Por lo que pudiera ser, arrastró un asiento y lo apoyó en la puerta.

Los camarotes eran relativamente amplios, para pertenecer a un yate privado, y tenían todas las comodidades propias de un crucero de varios días. Pequeño mueble-bar con bebidas, alcohólicas o no, un compartimento para alimentos, donde Warrick había depositado unos canapés, pollo frío y ensalada, así como un poco de queso y fruta, un escritorio a un lado de la litera y el armario ropero, así como el anexo formado por un pequeño lavabo y una ducha. Karin se puso cómoda. Lord Spencer, como le prometiera en el hotel de Niza, había dejado a su disposición ropas adecuadas e incluso un albornoz y una bata de seda, todo a su medida.

Envuelta en la bata, se sentó, situando ante sí la cartulina de la invitación y unas hojas de papel. Tomó un bolígrafo y comenzó a

estudiar la siniestra charada.

Ahora, todo adquiriría un nuevo y terrible significado. Había un cadáver a bordo, un cuerpo humano sin vida que pronto sería una molestia, ya que la ausencia de posibles ayudas descomponía el cuerpo, sin poderse deshacer de él salvo sepultándolo en el mar. Con ello, borrraban quizá huellas decisivas de un crimen, de cara a la posterior encuesta que tendría que desarrollarse en tierra sobre el sangriento hecho. Pero los reducidos frigoríficos de a bordo no podían alojar a un cadáver, mezclándolo con alimentos y demás provisiones refrigeradas.

Trató de olvidar ese punto, concentrándose exclusivamente en la misteriosa adivinanza creada por lord Lionel Spencer en el tarjetón ocre. Leyó una y otra vez sus estrofas enigmáticas e inquietantes. Trazó en un papel diversas interpretaciones que luego borró, contrariada.

No era fácil dar con la clave del enigma. No aún. Tal vez porque, desgraciadamente, el juego no había hecho más que empezar.

Esa idea la aterraba. La muerte había iniciado el acertijo en su terreno material. ¿Era obra del propio lord Spencer? ¿O alguien se estaba aprovechando a bordo del juego malévolo del aristócrata?

Le hubiera gustado tener una respuesta para todo eso, pero carecía de medios para encontrarla. Se puso a trazar nuevos apuntes, tras servirse unos emparedados y una cerveza fría.

Súbitamente, dejó el bolígrafo en el aire. Se puso rígida.

Alguien estaba manipulando la puerta de su camarote. Podía percibir el roce suave y apagado en la cerradura.

Tragó saliva. No podía verse ahora a sí misma, pero se imaginó pálida y tensa. Lentamente, dejó su tarea. Se puso en pie, sin hacer el más leve ruido.

Imaginó que quien manipulaba su cerradura era porque había creído que dormía. Existía una razón para eso. Tenía cerrado herméticamente el ojo de buey. Y la luz del escritorio no podía ser visible desde el exterior, ya que el resto del camarote permanecía en sombras.

Sintiendo las palpitaciones violentas de su corazón, Karin alargó la mano y tomó un objeto contundente, el único que halló ante su vista: una botella metálica para el agua de su mesilla de noche. Enarboló el recipiente de color verde anodizado, y esperó tras la puerta.

Esta emitió un chasquido al ceder el pestillo de la cerradura. Karin notó un escalofrío. El merodeador nocturno iba a entrar en el camarote. La puerta comenzó a moverse, arrastrando ligeramente la silla. Karin levantó la botella a punto de descargarla sobre el intruso.

Fueron unos segundos de extrema tensión. La maniobra del visitante era tan silenciosa como cauta. Y no parecía tener prisa. La botella estaba a punto de caer sobre su objetivo.

Entonces, en la penumbra, una voz emitió un susurro, antes de que la persona llegase a asomar:

—¡Eh, Karin! ¡Karin, responde! Soy yo...

La joven contuvo el aliento. Vaciló. La voz de mujer la calmó en parte. Pero recordó que ella misma había puesto en duda la posible identidad del asesino de Howard Eaton. Tal vez ella seguía en la lista al secretario de lord Spencer...

—Karin, no te asustes —musitó la visitante—. Tenía que entrar sin hacer ruido, enténdelo. Necesito hablar contigo cuanto antes. Soy tu amiga, confía en mí.

Y asomó la llameante cabellera de Sharon Markham por la puerta, mientras sus ojos hermosos y profundos buscaban a la ocupante del camarote. Cuando la encontró, observó la pesada botella de acero en su mano.

—Cielos, no —se apresuró a musitar, alzando una mano, alarmada—. No trato de hacerte daño, Karin.

—¿Cómo sé yo eso? —replicó la invitada con cierta sequedad—. Estás usando una llave duplicada para abrir. No me has avisado previamente. Y en este yate se ha cometido un crimen no hace mucho. ¿Puedo confiar en alguien realmente?

—Tienes toda la razón —respiró hondo la llamativa pelirroja, mostrando una llave en su mano—. Es un duplicado exacto de la tuya. Tengo varias. Recuerda que soy algo más que una simple invitada a bordo. Lionel..., quiero decir lord Spencer, me suministró algunas en su momento. Eso facilita ciertas cosas, ¿entiendes?

—Creo entender. Pasa, Sharon. Pero comprende que desconfíe. Aún no sabemos quién degolló a Eaton...

—Puedes ver que no llevo nada peligroso encima: ni armas ni cosa parecida —sonrió Sharon, entrando en el camarote y cerrando rápida la puerta tras de sí. Y, efectivamente, con aquel pijama translúcido, que dibujaba toda su desnudez implacablemente, difícil era que pudiese portar nada encima que los demás no vieses. ¿Más tranquila?

—Sí, algo más. Siéntate —la invitó, señalando una silla—. ¿A qué has venido?

—Tenía que hablar con alguien que no fuese del grupo habitual. Esa gente me da náuseas. No la soporto.

—¿Tampoco a Hamilton Brooke? —sonrió Karin irónicamente.

Los fulgurantes ojos de la exuberante pelirroja se fijaron en ella. Rió suavemente, y sus desnudos senos bailotearon bajo el pijama revelador.

—Eres muy lista, —ponderó—. Sí, Hamilton es mi amante. Pero también lo es lord Spencer. Este me da dinero y caprichos. Hamilton, amor y placer.

—¿Lo sabe lady Vivian?

—Claro. Nadie lo ignora a bordo. Pero les parece mejor fingir ignorancia. Son un puñado de hipócritas desvergonzados. Hacen lo que le gusta a lord Spencer. Empezando por su propia mujer. Pero el juego es más complicado de lo que imaginas. Lady Vivian también tiene su amante. Y para que la cosa resulte más cómica, eligió al mejor dotado y más atractivo de todos: Hamilton Brooke.

—Vaya enredo —suspiró Karin, asqueada—. Tú, amante de dos hombres, y uno de ellos, amante tuyo y de la mujer de otro amante. Os gustan las complicaciones, ¿no?

—Eso parece —Sharon se encogió de hombros como si todo aquello fuese lo más natural del mundo—. Así te darás una idea de la clase de gente que son todos.

—¿Y tú no?

—Bueno, yo tengo más disculpa. No tenía nada cuando conocí a Lionel. Ahora poseo una saneada cuenta corriente, joyas y pieles... y un amigo que me gusta y me complace. Pero ellos nacieron en este ambiente, son de otra condición social. Y ya ves...

—Sí, ya veo —Karin la estudió, frunciendo el ceño—. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque necesito hablar con una persona no contaminada aún. Tú eres esa persona, Karin. Me recuerdas a Caperucita, perdida entre una manada de lobos.

—Uno de esos lobos es un asesino, Sharon.

—Sí, lo sé.

—¿Ya sabes quién de ellos puede ser el lobo sanguinario que mordió a Eaton?

—No, cielos. Pero estoy asustada. Tal vez por eso vine a verte hoy. ¿Tú no tienes miedo?

—Claro que lo tengo. Por eso me encierro en mi camarote y no deambulo de noche por ahí, Sharon.

—Piensas que no estoy asustada, ¿verdad? Incluso tal vez sospeches de mí. Te juro que sería incapaz de hacer daño a una mosca. Howard Eaton era un cerdo y un rufián que robaba a lord Spencer abusando de su confianza, pero eso no tiene por que justificar un crimen tan horrible.

—¿Quién, a juicio tuyo, podría ser culpable de algo así? —interrogó Karin pensativa, abriendo el frigorífico y extrayendo una botella de zumo de naranja. Ofreció a Sharon pero ésta negó con la cabeza. Se sirvió un vaso y tomó un sorbo, esperando respuesta.

La amante de lord Spencer sacudió su roja cabeza con aire perplejo.

—No sé —confesó—. Cualquiera de ellos creo que sería capaz de semejante cosa, si con ello asegurase su propia persona y su posición. Pero yo me inclinaría por uno solo.

—¿Quién?

—El propio Lionel Spencer, el dueño del yate. Mi opulento amante, en suma.

—¿Por qué dices eso?

—Reúne las condiciones adecuadas para ser un asesino: sangre fría, crueldad, dominio de sí mismo y de sus emociones... Pero nunca correría el riesgo de terminar en una celda de por vida o de morir en la horca, si es que se reimplanta la pena capital en Inglaterra, como aseguran.

—No estamos ahora en Inglaterra, sino en alta mar. En Italia no hay pena capital, pero en Francia sí —le recordó Karin gravemente—. Yo también pensé en lord Spencer, aun sin conocerle tan a fondo como tú. Pero resulta que no está a bordo.

—*Está* —dijo fríamente Sharon, clavando ahora en Karin una mirada que parecía realmente asustada—. Yo sé que está.

—¿Dónde?

—Eso lo ignoro. Pero mis corazonadas no me fallan, intuyo su presencia. A veces, incluso creo que nos vigila, que nos espía, que se burla de nosotros y goza con nuestros terrores de esta noche. Por eso te dije que él es quien mejor se adapta al papel de asesino. El motivo existe: las infidelidades profesionales de su secretario.

—«Con la muerte todo empieza. Un “Un gran guiñol” así comienza, mas nadie sabe en qué acabará»... —recitó sombríamente Karin, paseando por el camarote—. ¿Te das cuenta? Él mismo nos ha dejado escrita su idea. Desde un principio planeó matar a Eaton. Pero no sólo a él. Recuerda el segundo verso de la charada: «La muerte a bordo es el programa»...

—Oh, eso —rechazó Sharon, con indiferencia—. No creas en ello. A Lionel le encantan los acertijos tontos. Supongo que en su aislamiento de dos meses en la clínica privada donde se reanimó, le habrán servido de distracción. Son su debilidad.

—Eso me dijo él mismo. Pero este no es un acertijo tonto, Sharon. Creo que es, ni más ni menos, que la historia de *una serie de crímenes que van a cometerse* en este yate...

—¿Crímenes? —repitió Sharon, asustada—. ¿Estás loca? ¿Crees que habrá más?

—Estoy convencida de ello —asintió Karin—. Y no podemos hacer nada por evitarlo. El yate no puede moverse de donde está. Y no podemos comunicarnos con tierra ni con ninguna otra embarcación...

—Y las bengalas de señales están inutilizadas —suspiró su visitante—. Hamilton me contó eso, exasperado, antes de retirarme a mi camarote, querida... Empiezo a sentir algo más que miedo. Es... es pánico, créeme.

—Sí —afirmó Karin con solemnidad—. Ya hace tiempo que lo siento yo también.

Las dos mujeres se miraron en silencio. De pronto, un leve bamboleo agitó el casco del yate. Fuera, un leve martilleo golpeó el vidrio del ojo de buey. Sharon pegó un respingón de sobresalto.

Karin, resueltamente, fue al ojo de buey de su camarote. Abrió la contraventana y miró al exterior. El agua corría ya por el vidrio. Un rumor sordo llegaba del mar.

—El temporal —murmuró—. Está comenzando. Llovizna ya con fuerza y se agitan las aguas con la marejada, Sharon. Vamos a tener una noche movida, sospecho.

Asintió la otra, más calmada. Miró su pequeño reloj de pulsera.

—Es tarde —dijo—. Debemos dormir. Perdona que te haya molestado con mis cosas, Karin.

—No te preocupes —sonrió la muchacha—. A ambas nos ha hecho bien. Procura descansar tranquila. Mañana es posible que encontremos a lord Spencer oculto en alguna parte, y su siniestro juego toque a su fin. Creo que la única solución posible para terminar con su macabro juego, es unirnos todos contra él.

—Se lo diré a Hamilton en cuanto amanezca —afirmó ella gravemente. Luego se permitió una sonrisa irónica al abrir la puerta y añadir—: Esta noche, lady Spencer lo tiene acaparado en su camarote... y yo debo transigir por ello.

Se ausentó. Karin cerró de nuevo, apoyando la silla contra la puerta, y preguntándose cómo podía haber gente tan degenerada en aquella sociedad aparentemente brillante y respetable en que por tan extraño azar se hallaba inserta.

Empezó a desnudarse lentamente. Cuando se iba a acostar, se contempló en el espejo del armario, comparando sus suaves, pequeños y jóvenes senos con los potentes pechos de la agresiva Sharon, sus caderas redondeadas con la opulencia de las de su visitante. Y se dijo que era difícil competir con una hembra así, aunque por fortuna, no pensaba hacerlo en ningún momento, ya que ninguno de los hombres a bordo le atraía realmente... con la única excepción, posiblemente, del elegante y amable canadiense André Dumard, el político amigo personal de lord Spencer, cuyo papel a bordo era el menos claro de todos, aunque era fácil suponer que un hombre de la ambición y poderío de lord Lionel Spencer, necesitaría también del apoyo sólido de la política para salir adelante en sus negocios y finanzas internacionales.

Se acostó procurando dejar de pensar en todo ello.

Pero no llegó a dormirse.

El alarido de mujer la sobresaltó, haciéndola brincar hacia el techo, realmente asustada. Era un grito que reflejaba algo más que terror. Era angustia, tal vez agonía...

No vaciló. Aun consciente del gravísimo peligro que tal vez se cernía

sobre ella misma al abrir la puerta del camarote, lo hizo resueltamente, empuñando de nuevo su inocente arma, la botella de metal. Salió al corredor, donde ya no se oía voz humana alguna, y donde el sonido de la lluvia, allá fuera, era mucho más intenso.

Otras dos puertas se abrieron. Asomaron por ella rostros conocidos: Brian Kennedy el abogado, Dustin McKee, el secretario de lord Spencer. La miraron, alarmados.

—¡Señorita Desmond! —jadeó el abogado—. ¿Ha gritado usted?

—No, no —negó Karin—. Ha sido otra persona. Pero era una mujer, ciertamente.

—Yo diría que sonó arriba, en los camarotes de cubierta... —apuntó McKee.

—¿Quiénes duermen allí?

—Lady Spencer... Hamilton Brooke... Sharon...

—¡Sharon! —gritó Karin—. ¡Era su voz, estoy segura! ¡Vamos, pronto! ¡Hay que ver si le ocurre algo!

Y sin esperar a nadie, echó a correr hacia las escaleras que subían a cubierta, si bien Kennedy y McKee la siguieron con celeridad, tras un momento de indecisión. En el exterior lloviznaba intensamente. El yate se mecía con el oleaje.

—Es allí —señaló McKee a una hilera de ojos de buey en el puente—. Son los camarotes de Sharon Markham, Hamilton Brooke y en este viaje la enfermera de lord Spencer, la señorita Clemens...

Karin se precipitó sobre el único camarote que mostraba luz encendida y golpeó la puerta repetidas veces, llamando con voz firme:

—¡Sharon! ¡Sharon, abre, soy yo, Karin! ¡Sharon, abre, por el amor de Dios!

Fue inútil. Nadie respondía. La puerta de otro camarote se abrió, al tiempo que brillaba la luz. Era el de lady Spencer. Ella asomó por la puerta, asustada, empuñando un pequeño revólver amartillado, que temblaba en sus dedos.

—¿Qué ocurre ahora? —quiso saber la dama.

Karin escudriñó tras los hombros de lady Spencer, por si veía rastro de Hamilton en el camarote, pero no descubrió nada. Otros camarotes se abrían ya. La señorita Clemens asomó, con expresión de angustia, y acto seguido fue el propio Brooke, el piloto, quien apareció en la puerta de su propio camarote, vestido sólo con un pantalón, y su bronceado torso al aire. Karin comprendió que la cita con lady Spencer había terminado ya en estos momentos. Posiblemente ya llevaba tiempo Hamilton Brooke en su camarote.

—Sharon no responde —jadeó Karin—. Y estoy segura de que es ella quien gritó...

—Tal vez una pesadilla —apuntó Brooke, ceñudo—. Yo no oí nada...

—Yo sí —afirmó la enfermera—. Pero tuve miedo de asomarme fuera,

la verdad. Creo que la señorita Desmond tiene razón. Fue en ese camarote, estoy segura.

—Está bien, esperen —refunfuñó Brooke, regresando a su camarote por las llaves. Muy pronto, el camarote de Sharon estuvo abierto. Penetraron en él rápidamente, con Karin a la cabeza. Ella se paró en seco. Los demás la imitaron.

—Dios mío... —gimió la muchacha—. Demasiado tarde.

Era verdad. Sharon les contemplaba con ojos dilatados y vidriosos que ya nada podían ver. De su cuello, hinchado y amoratado, colgaban los extremos de un cordón negro de plástico, hincado en su carne. La habían estrangulado. Sus hermosos senos desnudos, ahora colgaban flácidos, caía cabeza abajo desde su litera, con medio cuerpo fuera.

CAPÍTULO VI

Era una situación desesperada.

Acababa de volcar la embarcación, el oleaje aumentaba en intensidad, y la lluvia era torrencial en el oscuro mar, repentinamente embravecido.

Las dos formas flotantes permanecían juntas gracias a unas fuertes cuerdas que sujetaban ambos salvavidas hinchables, de color naranja, para evitar que uno u otro se alejara definitivamente, perdiéndose en alta mar.

El agua corría copiosamente sobre el rostro de los náufragos, empapando sus cabellos. De vez en cuando, una poderosa ola les alzaba y lanzaba violentamente sobre otra más suave. El rugido del mar enfurecido, en torno suyo, hacía casi imposible cambiar palabra. Sólo de vez en cuando, una fugaz calma les permitía cruzar unas frases entrecortadas:

—No debimos venir tan lejos con esa embarcación, Lew...

—El Mediterráneo tiene fama de ser un mar apacible, Ivy. ¿Cómo podía saber yo esto?

—Ahora lo tenemos difícil. Hay que nadar hacia el islote. Es nuestra única posibilidad de salvación...

—Dista demasiado de nosotros. Creo que casi dos millas. Y el oleaje viene en contra, así como el viento.

—¡Pero si no lo intentamos vamos a morir aquí, Lew! —se exaltó ella.

—Lo sé. Sin embargo, no debemos perder energías en vano. Será mejor dejar que pase lo más fuerte del temporal. Con el día, esta marejada cederá en parte. Entonces es el momento de intentar arribar a ese islote.

—Pero la marea puede alejarnos de allí, lanzarnos a alta mar, lejos de toda posibilidad, Lew...

—Ten confianza en mí, Ivy. Mantendré en todo lo posible nuestra actual posición. Hicimos dos llamadas de socorro con nuestra radio antes de hundirse la embarcación ¿no es cierto? Posiblemente alguien la haya captado y vengan en nuestra ayuda. No desespere, no te desanimes. Eso sería funesto para nosotros.

Mientras alentaba así a su compañera, Lew Cameron lograba mantenerse con ella a flote, sujetos por la hinchada goma naranja, fosforescente en la oscuridad, braceando lo suficiente para no ceder demasiado al impulso del oleaje y alejarse en exceso de su situación inicial, al comenzar la tormenta.

Era de madrugada ya, y Lew sabía que en aquellas latitudes amanecía pronto en esta época del año. Esa era su mayor esperanza en tan difícil y arriesgada situación.

—No debimos buscar tesoros jamás... —oyó Cameron la queja amarga

de su compañera, en medio del batir furioso de la lluvia sobre la cresta de las olas embravecidas—. No debí hacer caso de sueños novelescos de un americano lleno de imaginación...

—Ya es tarde para lamentarse o arrepentirse, querida —rió sordamente Lew, mirando ceñudo hacia el alud de agua que se le venía encima desde el negro cielo borrascoso—. Estamos metidos los dos en esto hasta el cuello... y nunca mejor empleada la frase. Pero he salido de trances peores, te lo aseguro.

—Tú, posiblemente. Después de todo, eres un aventurero. Pero yo no estoy tan segura de sobrevivir. Esto, más que un mar meridional, parece el Pacífico en pleno tifón.

Y ambos jóvenes siguieron forcejeando contra la furia de los elementos, mientras unos fragmentos de madera y plástico, únicos restos de su embarcación, flotaban cerca de ellos. Y hacia allá dirigió ahora Lew Cameron sus denodados esfuerzos, para tratar de alcanzarlos y aferrarse a ellos para hacer más resistente su posición en plena tormenta.

Su única confianza estaba en el amanecer porque con él, posiblemente, llegaría la calma, aunque la mar continuase con marejada intensa y las nubes siguieran derramando agua sobre el Mediterráneo.

Y así fue. Con las primeras luces del alba, los agotados náufragos avistaron en lontananza los riscos abruptos de un islote donde las gaviotas ahora permanecían quietas, sin volar en el temporal. Y con esas claridades matutinas, el mar se calmó en parte y la lluvia, aunque intermitente y densa, amainó también de forma considerable.

—Creo que vamos a poder salvarnos —murmuró Lew apagadamente, comenzando a bracear con energía hacia el islote no demasiado lejano.

Miró a Ivy que, extenuada, con sus cabellos dorados totalmente húmedos y chorreantes sobre el rostro aterido, flotaba mansamente, dejándose mecer por el oleaje. Lew tiró de ella con fuerzas y comenzó la lucha por la supervivencia.

Hasta que, de repente, Ivy Turner, volviendo la cabeza hacia atrás, señaló a espaldas de Lew y gritó:

—¡Mira allí! ¡Dios del cielo, parece imposible! ¡Es... *es un barco!*

Atónito, pensando que Ivy sufría alucinaciones, giró Lew la cabeza dejando de bracear.

Ivy tenía razón. En la distancia, un blanco navío parecía acercarse lentamente hacia ellos... Y eso sí que era una auténtica y maravillosa esperanza para ambos.

* * *

Hamilton Brooke, sombrío, con expresión demudada y ojos rodeados

por profundas ojeras, se dirigió a todos los reunidos en la sala de popa, donde habitualmente se celebraban reuniones sociales a bordo, en los cruceros dirigidos personalmente por el desaparecido lord Lionel Spencer.

—Bien, señores —dijo, pausado, mirando alternativamente a las tres mujeres supervivientes, lady Spencer, la enfermera Clemens y Karin Desmond—. Penosamente, una de ustedes ha pasado a hacer compañía al difunto Howard Eaton, y ya son dos los cadáveres que tenemos a bordo. Ambos, como bien supuso desde un principio la señorita Desmond, víctimas de un asesino que supongo es la misma persona en ambos casos.

Hizo una pausa, y luego sus ojos se dirigieron a los invitados varones, desde el severo y taciturno doctor Halloway hasta el tranquilo André Dumard, el más sereno de todos los presentes, pasando por el abogado Kennedy, el socio de lord Spencer, Dustin McKee, y el camarero Brad Warrick, impecable como siempre con su chaquetilla blanca, montando guardia junto a un muelle repleto de licores. Algunos de los presentes tomaban whisky por todo desayuno. Sólo el doctor Halloway ingería un vaso de leche y la enfermera Clemens un emparedado con zumo de naranja y té. Sin duda, ambos eran los más familiarizados con la muerte, a causa de su profesión.

—Hemos vuelto a registrar todo el barco con la ayuda de ustedes —prosiguió—. Y, como hemos comprobado, no hay ni rastro de lord Spencer. La señorita Desmond opina que él planeó este macabro juego, y que los poemas del tarjetón de invitación son una clara alusión a lo que sucedería a bordo, si bien su exacto sentido no esté claro todavía ni siquiera para ella, que es experta en tales acertijos.

—De algo sí estoy segura —terció con voz firme Karin—. Habrá más asesinatos.

Todos la miraron con sobresalto. Lady Spencer pareció tan agitada como molesta.

—Mi querida jovencita, usted es una perfecta intrusa aquí —le replicó ácidamente—. Sin embargo, pese a la generosidad de mi esposo al invitarla a bordo, está constantemente insultando su nombre, con acusaciones muy graves. Lionel no es un asesino, ignoro dónde esté, qué suerte haya podido correr, pero él no haría algo tan vil. Esa charada que usted pretende interpretar a su antojo, no es sino una más de las bromas algo pesadas que él ha gastado siempre a sus amigos e invitados, señorita Desmond. Y por ello le ruego que no nos ofenda más a él y a mí con semejantes teorías. En resumen, y para acabar de una vez: ¿qué motivos tendría mi esposo para desear la muerte de su secretario y de una amiga de todos nosotros, como la señorita Markham?

—¿Debo responder sinceramente a eso, señorita? —dijo Karin con

frialdad.

—Sí, por favor. Si pretende acusar a alguien, al menos tenga evidencias o motivos para ello, jovencita —dijo desdeñosa la propietaria del yate.

—Muy bien —Karin la miró combativamente, mientras una sonrisa asomaba a los labios del joven político canadiense, Dumard, y el sobresalto contraía el rostro de Hamilton Brooke—. Pues ahí va, lady Spencer: todos parecen saber a bordo que Howard Eaton distaba mucho de ser un secretario honesto, y leal. Al parecer, abusó de la confianza de su jefe, adueñándose de bienes de lord Spencer. En cuanto a Sharon Markham..., aunque era su amante oficial, ella le engañaba con el señor Brooke, aquí presente, y eso pudo ser un claro motivo para desear eliminarla por despecho o por celos.

Un rumor se extendió por la sala. El estupor y el escándalo asomaron a todos los rostros, con excepción del de André Dumard, que acentuó su sonrisa, contemplando admirativamente a la joven.

—¡Eso es escandaloso! ¡Vergonzoso, señorita Desmond! —clamó, muy pálida, lady Spencer—. ¡Está ofendiéndonos gravemente a todos! ¡Brooke, diga algo, exija silencio a esta impertinente intrusa que en mala hora metió aquí mi esposo!

—Señorita Desmond, debe usted guardar la compostura o... —comenzó Brooke, cohibido.

—¿O qué? —cortó Karin con acritud—. Sepan todos que, salvo el asesino, yo fui sin duda la última persona que vio anoche a la infortunada Sharon. Ella me visitó en mi camarote. Y me contó las obscenas intimidaciones que muchos de ustedes viven en su pretendida honestidad social. De modo que lo sé casi todo acerca de ciertas relaciones. Por eso dije lo que dije. Y me aferró cada vez más a mi idea: todo esto ha sido planeado por lord Spencer en persona. Lo que ignoro es la razón que un hombre como él pudiera tener para convertirse de repente en un frío y despiadado asesino, dispuesto a ajustar cuentas a quienes no han sido honestos ni leales con él.

—Yo sí creo saber la razón, si es que existe —dijo una voz serena y profesional.

Todos se volvieron hacia el doctor Halloway, que era quien había hablado.

—¡Doctor! —exclamó sorprendido Dustin McKee—. ¿Usted qué puede saber de mi socio que le induzca a pensar en un motivo para convertirse en asesino?

—Posiblemente conozco la única causa que movería a un hombre a creerse un ejecutor justiciero, capaz de ajustar cuentas a quienes le engañaban o traicionaban —dijo calmoso el médico, poniéndose en pie—. El utilizar silla de ruedas es sólo una manía de mi paciente, que carece de todo sentido. No la necesita en absoluto, diga él lo que diga.

Lo que le diagnosticué hace poco, es que lord Spencer, desgraciadamente, sufre un tumor maligno cerebral, absolutamente incurable, del que morirá en breve plazo. Lamento que llegue a conocimiento de tal hecho de este modo, lady Spencer, así como a tener que quebrantar mi secreto profesional, pero lo grave y excepcional de las circunstancias que vivimos, creo que justifica todo ello. Ahora, ya saben por qué un hombre puede sufrir una alteración psíquica lo bastante grave como para convertirle en un asesino.

En ese dramático, tenso momento, una voz clamó en la cubierta del yate.

—¡Náufragos a babor! ¡Dos personas flotan en salvavidas a menos de media milla de nosotros!...

Como movidos por un resorte, todos olvidaron lo que habían estado discutiendo hasta entonces, y corrieron a cubierta, donde el marinero Davy Keel, con el cocinero negro, Mike Robson, a su lado, señalaban a un punto del mar, a babor del yate, con gesto excitado.

Al asomar a la borda, no sólo vislumbraron las dos manchas anaranjadas de los salvavidas hinchables y el movimiento frenético de brazos humanos, sino la silueta cercana de unos riscos abruptos, el perfil rocoso de un islote perdido en el mar.

—¡Cielos, eso es la Isla de las Gaviotas! —bramó Hamilton Brooke, estupefacto—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Tal vez a la deriva, movidos por la resaca... —apuntó André Dumard, pensativo.

—No, no —rechazó el piloto de a bordo—. Imposible, señor Dumard. La corriente nos hubiera llevado en sentido contrario a éste. Sólo puede haber sucedido una cosa...

—¿Cuál? —se interesó vivamente McKee.

—Que durante la noche... alguien puso en funcionamiento uno de los motores y, aprovechándose de nuestras tensiones, guió el yate en una ruta determinada, hacia la Isla de las Gaviotas precisamente... Es obvio que uno de los motores no estaba tan averiado como imaginamos... o alguien tenía en su poder las piezas de recambio precisas para ponerlo en funcionamiento.

—¿Y por qué llevarnos a ese islote, precisamente? —objetó la enfermera Clemens—. No parece un lugar muy acogedor que digamos...

—¿Es que no lo sabe? —Hamilton Brooke se volvió a ella, ceñudo—. Ese islote, señorita Clemens..., es propiedad de lord Spencer. Y casi ningún barco pasa por sus cercanías habitualmente... porque los arrecifes resultan sumamente peligrosos para navegar.

CAPÍTULO VII

Lew Cameron tomó un sorbo de café caliente. Cambió una mirada con su compañera, que envuelta en mantas, ingería también una infusión para entrar en calor.

—Gracias —dijo gravemente, mirando a su alrededor—. Son ustedes nuestros salvadores. De no habernos avistado, no sé lo que hubiera sido de nosotros. Las corrientes nos impedían llegar al islote, y estábamos agotando nuestras energías.

—Por fortuna, la propia fuerza de las aguas nos llevó hacia su emplazamiento —suspiró Hamilton Brooke—. Llevamos los motores parados. No podemos navegar. Simplemente, estamos a merced del oleaje.

—¿Cómo pudo suceder eso? —se extrañó Cameron, arqueando las cejas.

—Es una larga historia —terció McKee con una risita burlona—. Y nada agradable, créame. ¿Qué diablos hacían ustedes dos por esta zona? ¿Pescar moluscos o corales?

—Ni una cosa ni otra. También es una larga historia —sonrió Cameron, encogiéndose de hombros—. Supongo que ya importa poco que les diga la verdad. Íbamos en busca de un tesoro.

—¿Un tesoro? —se asombró Brooke—. ¿Inglés, francés o español?

—Nazi —rió Cameron—. Oro del Tercer Reich.

—¡Oh, eso!... —Brooke sacudió la cabeza—. Conozco la historia: el «U-31», también conocido como «Kaiser». Submarino alemán hundido en el Mediterráneo, procedente de Túnez. Dicen que llevaba oro en barras por valor de más de un millón de libras. Pero otras versiones afirman que esa carga pudo ir en otro submarino y ése llevar una carga bélica ultra secreta. Sea como sea, nadie dio nunca con una u otra cosa, amigo.

—Esperen un momento —Karin Desmond se aproximó a los que hablaban—. ¿Han mencionado algo relacionado con una fortuna en oro?

—Así es —Cameron la miró curiosamente, apartando su taza vacía—. ¿Quién es usted, señorita? ¿Se interesa también por tesoros sepultados en el mar?

—No, en absoluto. Me intereso por algo que dice una charada: «Ruta de oro o de perdición... Elige bien o perecerás...»

—¿Eso qué es? —se interesó Lew, intrigado, mirando a la muchacha.

—Una especie de charada o acertijo. Como ve, también habla de oro...

—En efecto. ¿Quién es usted? ¿Qué hace en este yate?

—Soy una simple invitada, y sólo por casualidad —sonrió Karin—. En cuanto a lo que hacemos aquí... se supone que realizamos un viaje de placer, un crucero turístico. Pero con dos cadáveres a bordo, no

resulta demasiado alegre.

—¿Dos cadáveres? —se sobresaltó Ivy Turner—. ¿Qué significa eso? ¿Es una broma?

—Ojalá lo fuera —resopló Hamilton Brooke—. Lo cierto es que esto se inició como un crucero amable. Pero dos personas han muerto a bordo, un hombre y una mujer. Ambos de muerte violenta. Asesinados, suponemos.

—¡Asesinados! —Lew se mostró atónito—. Dios mío, qué extraño crucero...

—Muy extraño —afirmó Karin—. No podemos navegar ni comunicarnos. Motores y radio están averiados de modo irreparable. Aun así, hemos viajado de noche en determinada dirección, contraria a las corrientes marinas y a la fuerza del viento. Eso indica que de alguna manera, alguien utilizó uno de los motores impulsores sin enterarse tripulantes ni pasajeros. Raro, ¿no? Al parecer, rumbo a ese horrible islote lleno de gaviotas...

—Es una historia fantástica —admitió Lew Cameron, perplejo—. Soy aventurero, he recorrido medio mundo de aventura en aventura, pero jamás oí nada parecido. ¿Alguien va a explicarme lo que sucedió realmente a bordo desde que iniciaron este viaje?

—Sí —suspiró Karin Desmond—. Yo lo haré, si no le importa.

—Al contrario —sonrió Cameron—. Nadie mejor que una bella jovencita para escuchar de sus labios una larga historia. No se preocupe por mi compañera. Es sólo eso, una compañera, una amiga. No hay nada entre nosotros salvo el amor a la aventura.

Ivy asintió, aunque sus claros ojos miraron a Karin con cierto antagonismo mal disimulado. La joven inglesita se sentó cerca del naufrago norteamericano y le narró la historia completa, desde su entrevista en Niza con lord Spencer, hasta el descubrimiento de que habían navegado sin saberlo, rumbo a la Isla de las Gaviotas.

—Curioso, muy curioso todo —dijo Cameron, al terminar ella su relato—. Casualmente, a mí también me gustan las transcripciones en clave. Desde los jeroglíficos egipcios, hasta las charadas y acertijos de los suplementos dominicales. ¿Puedo ver esa tarjeta de invitación, señorita Desmond?

—Claro —asintió ella, extrayendo el tarjetón de uno de sus bolsillos. Lo desdobló, depositándolo en las manos del joven naufrago—. ¿Qué le parece?

Lew Cameron leyó en silencio aquel texto. Frunció el ceño, invadiéndose su frente amplia y despejada de finos surcos. Volvió a leer cada estrofa y la recitó entre dientes. Luego sacudió la cabeza, pensativo, devolviéndole la tarjeta a Karin.

—Usted tiene razón —dijo gravemente—. La clave está en esa charada. Además, creo que ahí están expresados todos los hechos que

ocurren a bordo.

—¿Está seguro de lo que dice? —dudó Dustin McKee, interviniendo en la charla.

—Por completo. Vea estos párrafos concretos: «Con la muerte todo empezará.» Y así ha sido. El «gran guiñol» sigue con la muerte de la mujer. Luego añade: «Todos merecen su suerte final.» Es obvio que quien comete esos crímenes lo hace siguiendo un determinado código moral propio que sólo él conoce y acepta.

—¿Y lo demás?

—Lo demás es más oscuro. Pero igualmente revelador a veces: menciona que en los motivos de «Betta» y «Gamma» se encontrará la clave. ¿Qué clave? —Cameron parecía muy animado al relatar esos puntos, como si su cansancio físico se hubiera evaporado totalmente ante la presencia de tan apasionante enigma—. «Betta» es la segunda letra del alfabeto griego. Y «Gamma» la tercera. Si la muerte de Howard Eaton fue «Alfa», por ser la primera, «Betta» será la de Sharon Markham, y «Gamma» será *la próxima muerte*.

—¡La próxima! —se horrorizó el abogado Kennedy—. ¿Sugiere que habrá *otra* muerte?

—Si esta charada se ajusta a los hechos, habrá *más* de una muerte todavía —dijo gravemente Cameron—. Porque luego se menciona la letra «Omega». Es decir..., *la última*.

—Dios mío... —roncamente, McKee musitó esas palabras, sepultando el rostro entre las manos—. No tiene sentido. Nada de esto tiene sentido...

—Me temo que sí lo tiene —replicó Cameron—. La señorita Desmond les ha mostrado desde un principio un cuadro lógico de la cuestión. Alguien está vengándose de una serie de personas deshonestas o traidoras, a bordo del yate, aprovechando la circunstancia de este crucero. Esa venganza parece clara por el momento: un secretario infiel y una amante también desleal «Todos merecen su muerte final», dice la charada. Y añade luego: «En los motivos de Betta y Gamma, la clave primera encontrarás.» ¿Qué le sugiere a usted eso, señorita Desmond?

—Que la clave fundamental de todo está en los crímenes dos y tres. Es decir, en uno ya cometido, el de Sharon Markham... y en el tercero que aún se ha de cometer —dijo débilmente la muchacha, fijando sus ojos en el joven aventurero americano.

—Exacto —afirmó éste con énfasis—. Luego tenemos la primera frase: «Nada es lo que aparenta.» ¿Qué interpretación le ha dado usted a ese término?

—Existen dudas en mí. Por un lado, he llegado a pensar si todo lo que sucede no se ajusta en realidad a lo que parece. Por otro, pienso en que se refiere a la llegada de lord Spencer al yate.

—Exacto —aprobó Cameron, con una sonrisa—. Estamos de acuerdo también en eso. Usted es una chica notable, créame. Su sagacidad me asombra. Opino que quien subió a bordo como si fuese Howard Eaton, era en realidad el propio lord Spencer. Y que Eaton, ya inconsciente, ocupaba el puesto de lord Spencer en la silla. Luego, debió ser asesinado, sin resistencia, y un muñeco oculto quizá previamente en el yate, ocupó la litera del dueño del barco.

—Todos opinan igual, ¿no? Ciertamente que sabe fingir voces, sabe copiar gestos y ademanes de los demás... —se lamentó McKee—. ¿Mi socio es el asesino...?

—Juraría que es algo evidente —afirmó Cameron, rotundo—. No se oculta de ello. Desde un principio lo planeó, sin duda al saber que padecía un tumor mortal. La charada, el crucero, el montaje de los hechos... Planeó esas muertes a sangre fría. Y esté o no a bordo en estos momentos, seguirá adelante con su plan, a menos que terminemos con él de una u otra forma.

Lady Vivian Spencer sollozaba en un rincón. El doctor Holloway y el abogado Kennedy, fueron a consolarla. Hamilton Brooke, que pretendía hacer lo mismo, tragó saliva, vaciló y permaneció sentado donde estaba, como si tuviera miedo de hacer algo que irritara al asesino invisible del yate.

—Vuestro juego de adivinanzas me aburre —bostezó Ivy Turner, ya muy recuperada, poniéndose en pie—. Creo que voy a dormir un poco en el camarote que me han asignado, Lew. Nos veremos luego. Como soy ajena a este yate, espero que ese misterioso criminal no me ataque a mí...

Cameron sonrió, encogiéndose de hombros. Luego, miró a Karin, que permanecía pensativa y con aire de preocupación.

—En buen sitio hemos ido a dar —comentó irónicamente—. ¿A esto le llaman salvar náufragos? Salir del mar... para caer en el terreno de un asesino loco.

—¡No diga eso! —protestó lady Spencer airadamente—. ¡Lionel no está loco!

—Lo lamento, señora Posiblemente no. Pero una persona enferma de un tumor maligno en el cerebro, termina pareciéndose demasiado a un loco. Sería preciso dar con él, esté donde esté, e impedir que siga adelante con este macabro juego vengativo. ¿Ha pensado que usted podría ser la próxima víctima, señora? O quizá usted... —dijo, mirando con fijeza a Hamilton Brooke, que respiró hondo, frotando sus manos nerviosamente.

Iba a contestar algo, malhumorado, cuando clavó sus ojos en una de las ventanas de la sala, soltando una imprecación.

—Perdonen —dijo con brusquedad—. Estamos a punto de chocar con los arrecifes de ese islote. Hemos llegado muy cerca de él. Me ocuparé

de maniobrar de alguna forma, aun sin motores, para evitar lo peor... Sólo faltaría ahora un naufragio, en este maldito lugar.

Abandonó la estancia, gruñendo entre dientes con expresión contrariada, y se oyeron fuera sus voces, llamando a los demás marineros de a bordo para que le ayudaran a maniobrar de alguna forma en la proximidad de los arrecifes de la Isla de las Gaviotas.

Lew Carpenter se incorporó, yendo a servirse un whisky del mueble bar. Regresó junto a Karin, saboreando el licor con aire pensativo. Luego, guiñó un ojo a la joven.

—Tengamos fe en que alguien dé pronto con nosotros —musitó en voz baja—. Procure que nadie sepa que antes de zozobrar nuestra embarcación, pude enviar dos mensajes de petición de socorro por mi radio. Si alguien los ha captado, puede que antes de anochecer nos localice alguien en esta zona y termine esta pesadilla...

—Dios le oiga, Cameron —murmuró la joven inglesa fervorosamente. Y al notar muy fija en él la mirada del americano salvado de las aguas, enrojeció levemente y desvió la mirada.

* * *

La comida no resultó demasiado animada a bordo. Pese a los esfuerzos del negrito Robson por servir un menú apetitoso, compuesto especialmente de entremeses, ensaladas y algo de pescado aderezado con salsas muy sabrosas, el apetito no era excesivo entre los viajeros. Sólo Lew Cameron y su compañera Ivy Turner demostraron tener verdadera hambre de buenos manjares. Los demás, se limitaron a comer lo imprescindible. El silencio reinó casi durante todo el tiempo, quizá porque nadie deseaba hablar de lo que sucedía a bordo, y otros temas de conversación hubieran resultado incongruentes en esa situación.

—Disculpen —dijo al fin lady Spencer, poniéndose en pie y dando por terminada la breve sobremesa—. Pueden divertirse en la sala de recreo o ver televisión por medio del video de a bordo, con variedad de películas y programas musicales a su gusto. Yo me retiraré a descansar un poco.

—Sí, señora —dijo Hamilton Brooke, escoltándola—. Yo la acompañaré. Luego vamos a hacer otro registro del yate, por si acaso.

—¿Puedo acompañarles? —pidió vivamente Cameron de forma espontánea.

El piloto le miró pensativo y asintió no de muy buena gana, antes de salir.

—Claro —dijo—. Pueden unirse a la búsqueda cuantos deseen.

Salió, escoltando a lady Spencer. Cameron se volvió hacia Ivy.

—¿Vienes tú, querida? —preguntó.

—¿A buscar a un presunto asesino? —ella mostró aprensión evidente

—. No, gracias. Prefiero ver algo en el video del yate. Ya me lo contaréis luego.

Los ojos de Lew buscaron los de Karin. Sonrió el joven americano.

—Usted seguro que sí se une —comentó.

—Sí, creo que iré —afirmó ella, caminando hacia la cubierta lentamente. Miró al exterior, a la isla cercana. Estaban rodeados de arrecifes, oscilando en las aguas, no lejos de una franja arenosa. De alguna forma, pese a no tener ancla, Hamilton Brooke había utilizado una cadena y lastres para improvisar una especie de ancla momentánea que mantuviera al yate a resguardo de choques peligrosos. A nado, el islote repleto de gaviotas y de estridentes gritos de aves marinas, no distaría ni diez minutos. Pero su aspecto hosco y abrupto, desolado y triste, no invitaba a visitas turísticas.

Cameron la siguió, estudiando el lugar con aire pensativo.

—Me pregunto por qué nos trajo aquí lord Spencer —comentó.

Karin le miró. Parecía tan preocupada como él. Asintió con la cabeza, despacio.

—«Ruta de oro o de perdición»... —recitó lentamente—. ¿Qué nos espera realmente?

—Me gustaría saberlo —suspiró el americano—. Pero si elegimos bien, habrá que cuidar del áspid en el Edén, recuerde... Extraño Edén el que se nos presenta ante los ojos, ¿no cree?

—Vaya, veo que recuerda muy bien la charada —se sorprendió Karin, mirándole.

—Más que eso —rió Cameron—. La sé de memoria. Procuré memorizarla antes, al leerla. Tengo muy buena retentiva.

—Ya lo veo. Usted es una persona singular, Cameron.

—Muy amable. Siempre procuré vivir de modo distinto a los demás. Tal vez eso me marcó de modo indeleble, y no me parezco al resto de la gente. Usted tampoco es vulgar. ¿Qué piensa hacer, si realmente alcanza esa fortuna que le prometió lord Spencer?

—No lo sé. Ni siquiera creo que la alcance jamás. Tal vez ni existe. Lord Spencer se burló de todos. Era su juego. Y sigue siendo su juego.

—Con usted, no hay motivo. No tenía por qué vengarse de una muchacha a quien no conocía. Me pregunto por qué la incluyó en este crucero. Porque usted es el factor de inocencia en todo el cuadro de vilezas y traiciones que él deseaba aniquilar.

—Aun así, no puedo disculpar a un hombre que obra de ese modo. Nadie es quien para juzgar a los demás. Él mismo era desleal a su mujer, al tener una amante.

—Recuerde que está enfermo. El tumor afectó su mente, sin duda. Me temo que estamos ante un ser muy peligroso, por lo astuto y por su desequilibrio mental actual.

—Pero ¿dónde puede haberse ocultado? Este yate no es tan grande...

—No puedo saberlo. Tal vez esta tarde podamos hallar una respuesta. Tal vez...

Pero Lew Cameron tampoco parecía demasiado convencido al decir eso.

* * *

La búsqueda fue un completo fracaso.

En ninguna parte hallaron rastro alguno del desaparecido lord Spencer. Si alguna vez había estado realmente a bordo, ya fuese disfrazado previamente como Howard Eaton o con su aspecto real, lo cierto es que ahora parecía haberse evaporado de modo definitivo, y todo cuanto se hizo por dar con su escondrijo resultó inútil.

—Ciertamente, es como si toda nuestra teoría fuese equivocada —comentó Lew Cameron al terminar la infructuosa búsqueda, dirigiéndose a Karin Desmond—. Es posible que nos hayamos equivocado, Karin.

—Yo no lo creo —sostuvo ella con firmeza—. Para mí, lord Spencer sigue siendo el culpable, el que planeó todo esto y el que está llevándolo a cabo.

—Yo también lo pienso. Pero... no puede decirse que tengamos evidencias claras de ello. Ese hombre no es invisible. No es un fantasma. No puede haberse evaporado por arte de magia.

—Ya se hicieron otros registros, señor Cameron —informó secamente Hamilton Brooke—. Y siempre dieron resultado negativo. Creo que lord Spencer jamás subió a bordo, y que uno de nosotros es quien está asesinando a los demás, haciendo creer que es él.

—No, no —rechazó Cameron—. Eso no tendría sentido. La vida no es tan complicada como los escritores de novelas policíacas pretenden darnos a entender. Tiene que ser una solución más simple, más lógica. Sabemos por esa charada que él planeó todo. No puedo admitir que otro haya aprovechado en su beneficio el juego criminal, porque es lord Spencer quien sigue teniendo todos los motivos para ser el responsable.

—Pero lord Spencer no está a bordo, ya lo han comprobado —cortó con brusquedad Hamilton Brooke—. ¿Creen que eso tiene una explicación lógica también?

Y se alejó, malhumorado, dejando solos a los dos jóvenes en cubierta. Lew contempló con aire distraído los perfiles rocosos de la cercana isla, la cual sobrevolaban ahora las gaviotas, en un cielo gris y nuboso, emitiendo sus agrios graznidos. El barco se mecía con cierta violencia debido a lo agitado del mar plomizo, ya que la improvisada áncora no era demasiado sólida.

—Estaba pensando... —musitó.

—¿Qué? —se interesó ella.

—No, nada. Nada relativo a su problema, Karin. Pensaba en mis cosas.

—¿Su tesoro? —sonrió ella levemente burlona.

—Sí. ¿Quiere acompañarme a tierra?

—¿A tierra? —Karin dilató sus ojos con sorpresa—. ¿Ahora?

—¿Por qué no? Sería una excursión, simplemente. Podemos usar una de las canoas de este yate. O ir a nado, si lo prefiere. Me gustaría explorar ese islote.

—A mí no. Tiene algo de siniestro. Tal vez porque sea propiedad de lord Spencer.

—Bah, no piense en fantasías. Es un lugar solitario. Pediría a mi compañera Ivy que viniese conmigo, pero está demasiado cansada y desilusionada para aceptar. Por eso pensé si usted querría acompañarme en este paseo por el islote, dejando por un par de horas o tres este maldito barco y sus crímenes.

—Tal vez no sea una mala idea, después de todo —reflexionó Karin—. Está bien, Cameron, iré con usted. Pero espero que volvamos antes de oscurecer...

—Oh, por supuesto. A las seis, lo más tarde, estaremos de regreso. No me gustaría a mí tampoco quedarme abandonado en ese islote, puede creermelo. Vamos a pedir permiso a Brooke para utilizar una canoa y acercarnos a tierra firme.

Hamilton Brooke no pareció muy complacido, pero tampoco puso inconvenientes en cederle una de las cuatro lanchas salvavidas de a bordo, con la condición de que a las seis de la tarde, a más tardar, estuvieran de regreso. Así lo prometió Cameron, y ambos jóvenes partieron hacia la isla, remando él entre los arrecifes con fuerza y seguridad.

Sólo en cinco minutos alcanzaron la franja arenosa, vararon la canoa en la playa y echaron a andar como una bella estampa marina. Sólo ellos sabían lo que ocultaban tan bucólica apariencia.

El islote no era muy amplio ni variado. Alguna vegetación, peñascos abruptos, arena y no más de un par de millas cuadradas en total. Lo recorrieron en menos de una hora, a buen paso, siempre bordeando las orillas, hasta llegar al punto de origen. Desde allí, Cameron estudió uno de los salientes rocosos donde rompía el oleaje agitado de aquel nuboso día desapacible que había seguido a lo más fuerte de la borrasca mediterránea.

—Mire eso —comentó, señalando el promontorio adentrado en la mar—. Curioso, ¿no?

—¿Qué tiene de curioso? —se extrañó Karin.

—Conozco esa clase de estructuras naturales. Vea en donde el nivel del agua alcanza. Emerge algo ligeramente. ¿Lo advierte?

—Sí —afirmó Karin, aguzando la vista entre el oleaje—. Parece una oquedad.

—Es una oquedad. Yo diría que el acceso a una gruta submarina, casi siempre cubierta por las aguas. Cuando suba la marea, no se verá absolutamente nada. Incluso ahora, es muy poco lo que se ve de esa abertura en la roca. ¿Es usted buena nadadora?

—No lo hago mal del todo. Pero me asustan las cuevas sumergidas.

—No tema. Yo soy todo un experto. Habitualmente, esa clase de grutas tienen luego un techo más elevado, y la bóveda acostumbra a no estar sumergida. Podríamos entrar y registrarla.

—¿En busca de su tesoro? —sonrió Karin.

—¿Quién sabe? O en busca del suyo. Recuerde que alguien condujo ese yate hasta aquí en plena noche. Puede que también el tesoro misterioso de lord Spencer se halle en este lugar. Después de todo, es su propia isla, ¿no? ¿Se decide?

—Si no lo hago, sé que usted irá solo. Y no me gustaría quedarme aquí sola esperándole. Aunque esta isla esté desierta, no me gusta nada. Sí, vamos allá Cameron. Y que sea lo que Dios quiera.

Los dos echaron a andar hacia el promontorio. Después, ya cerca de él, se echaron al agua... Cameron procuró nadar muy cerca de ella, en previsión de cualquier fallo de la muchacha, pero comprobó con alivio que era una experta nadadora, capaz de valerse por sí sola en cualquier circunstancia no excesivamente complicada.

Alcanzaron el promontorio y lograron introducirse por el hueco abierto en la roca. Como Lew imaginaba, éste se agrandó apenas bucearon bajo la superficie, y penetraron en un amplio túnel rocoso, cuya bóveda se iba elevando por momentos, hasta que al emerger cautelosamente fuera del agua, se hallaron en una gran caverna interior, medio sumergida. Ambos se miraron, nadando suavemente en la balsa de agua tranquila formada allá dentro. Sonrieron los dos.

—Se lo dije —señaló Cameron—. No hay nada que temer. Aquí se puede respirar perfectamente.

—Pero ni el menor rastro de su fabuloso tesoro —se burló Karin, risueña.

—No esté tan segura —dijo Lew muy serio—. Vea a su espalda. Se abre otro túnel, ¿no?

Karin giró la cabeza. Algo inquieta, comprobó que un pequeño orificio se abría en la pared rocosa, no lejos de la bóveda. Miró luego asustada hacia Cameron.

—No pretenderá que entremos por ahí ahora, ¿verdad? —murmuró.

—¿Por qué no? —sonrió Lew—. A ese nivel, no puede haber agua. Aunque la habrá al subir la marea, y posiblemente se inunde por completo. Yo diría que tenemos una hora para explorar por ahí. Suficiente para intentarlo, ¿no?

—Es demasiado arriesgado...

—Puedo ir yo solo y usted esperarme aquí...

—No, no —se apresuró a negar ella vivamente—. Usted gana otra vez. Le seguiré.

—Buena chica —sonrió Lew Cameron, lanzándose decidido hacia la angosta gruta.

Karin Desmond le siguió, venciendo sus últimos temores.

Nadaron en las aguas que cubrían a medias la caverna más estrecha y difícil. Hubo un momento en que el agua casi rozaba el techo rocoso del acceso, para inquietud de Karin.

Pero finalmente, salieron a otra gruta amplia, aunque no tanto como la anterior, donde sólo llegaba el nivel del agua a su mitad. Karin lanzó una exclamación de asombro.

Por unas rendijas en la roca, sobre sus cabezas, entraba claridad diurna del exterior. La suficiente para revelar la presencia de un objeto oscuro, oxidado, arrumbado al fondo, emergiendo a medias de las aguas, con una forma oblonga, desgarrada en muchos puntos.

—¿Qué es eso? —murmuró Karin, atónita.

—El submarino «U-31» de la Armada nazi —dijo solemnemente Cameron, contemplando absorto el espectáculo—. Mi querida amiga, hemos encontrado el ansiado tesoro. Ese es el submarino «*Kaiser*», que llegaría aquí sólo Dios sabe cómo... con un cargamento de oro puro. Hemos encontrado el tesoro, después de todo.

CAPÍTULO VIII

Las cajas estaban allí, ante ellos. Eran envases metálicos herméticos, cubiertos de algas y moluscos. Cameron lo rascó, comprobando que tenían una gruesa capa de plomo envolviéndolos. Arrugó el ceño, sorprendido.

—Es raro que trasladaran el oro en envases tan herméticos —comentó, tras examinar el cargamento del destruido submarino hundido en la gruta—. No acabo de entenderlo. Va a costarnos mucho sacar de aquí cada una de estas cajas. Pesan considerablemente. Yo esperaba que las barras de oro fuesen almacenadas en cajones de madera, simplemente, y poderlas trasladar luego una a una al exterior...

—¿Está seguro de que esos envases contienen oro? —dudó Karin, pensativa, nadando en torno al deteriorado y herrumbroso submarino.

—Es lo que siempre se dijo. A menos...

—A menos... ¿qué? —Karin le miró, expectante.

—Se dijo que dos fueron los submarinos que naufragaron en esta zona, atacados por cargas de profundidad aliadas. Uno llevaba el oro. El otro... nunca se supo, pero pudo ser ese misterioso cargamento del que todos hablan... Algo ultra-secreto que el Tercer Reich mantuvo siempre oculto incluso a sus propios colaboradores más íntimos y de confianza.

—Posiblemente un arma letal —apuntó Karin, sombría, mirando las cajas metálicas con aprensión.

—Posiblemente —aceptó Cameron, ceñudo, tocando los envases de plomo hermético—. Tienen todas las trazas de serlo. Acaso algo tan poderoso que necesita de toda esa gruesa capa de plomo que ni siquiera el mar pudo corroer en todos estos años, Karin... Empiezo a sentir miedo por *mi* tesoro.

—Yo lo he sentido desde el principio. No me gusta esto. Vamos fuera. Usted puede comunicar luego su hallazgo a las autoridades marítimas para que vengan a recogerlo o lo destruyan.

—Sí, creo que será lo más prudente, dadas las circunstancias —admitió Lew—. ¡Lástima que no haya hallado mi soñada cueva de Alí Babá!...

Se dispusieron a regresar. Entonces emergió alguien ante ellos, de entre las aguas, y un fusil submarino les apuntó con su afilado proyectil, en manos de un submarinista de atavío de goma y máscara con tubos de oxígeno.

—Lo siento, Lew —dijo una voz glacial—. No podéis salir vivos de aquí. Has encontrado lo que yo siempre imaginé que existía: el arma química más mortal jamás creada. Por ello que vine contigo en busca de tu mítico tesoro. Como esperaba, tu capacidad de búsqueda dio con la preciada carga. Ahora es mía. Para eso me paga el país a quien

sirvo. Lo lamenta mucho, Lew. Pero tengo que mataros a los dos. Supongo que esto también se lo atribuirán a ese misterioso lord Spencer, después de todo...

—¡Ivy! —murmuró Cameron con asombro—. Ivy Turner..., un agente secreto enemigo...

Y contempló el rostro hermoso de su rubia amiga americana, a través de los vidrios de la máscara submarina. La mano enguantada de ella iba a apretar el gatillo del arma, para clavar el dardo mortal en el cuerpo de Lew Cameron...

* * *

Karin obró con fulminante rapidez, quizá porque salió de su asombro mucho antes que el propio Cameron.

Así, cuando la traidora Ivy apretó el gatillo de su mortífero fusil submarino, logró empujar violentamente a Cameron, obligándole a sumergirse, mientras sus piernas se agitaban en torbellino, lanzando una oleada de agua violenta contra la agresora.

El dardo se perdió en el vacío, mientras Ivy gritaba enfurecida, y Cameron, sano y salvo, nadó bajo la superficie, conteniendo la respiración para no ser visto por su antagonista a causa de las burbujas del aire. Pero naturalmente, Ivy no sólo era una experta submarinista, sino que les había seguido desde el barco con todo su equipo de inmersión completo, más unos depósitos de oxígeno de a bordo, y tenía todas las ventajas a su favor.

Se sumergió ella también, desenfundando un afilado cuchillo, su última arma contra Lew y su compañera. Karin también se sumergió, para no ser sorprendida bajo las aguas por la rival. Una pugna desesperada, entre dos personas carentes de defensas y de recursos de inmersión, así como de armas, y su enemigo armado y dispuesto a todo, se entabló bajo las aguas en trágico duelo.

Lew eludió dos veces el arma afiladísima de Ivy, y Karin nadó también lejos de ésta, para no ser alcanzada. Ivy tenía a su favor no sólo el cuchillo, sino la perfecta visibilidad de su máscara y todo el aire acumulado en sus depósitos. Karin, sin embargo, descubrió pronto que Lew Cameron estaba empezando a equilibrar la lucha.

Había logrado bucear hasta los restos del submarino alemán, y ahora tenía en sus manos un alargado fragmento de metal rugoso y puntiagudo, arrancado de uno de los profundos desgarros de la nave oxidada. Le había sido fácil quebrar el delgado punto por el que ese fragmento permanecía unido al resto del casco del sumergible. Ahora, como si fuese una navaja gigantesca, lo empuñaba en su rápido bucear hacia Ivy Turner.

No lo clavó en el cuerpo de su compañera de búsqueda, sino en los tubos de su depósito de oxígeno. Una turbulencia de burbujas escapó

por el tremendo desgarró, y el mecanismo respiratorio quedó inutilizado. Furiosa, Ivy se revolvió sobre sí misma, dirigiéndose hacia Cameron arma en ristre, dispuesta a devolver el golpe.

Lew esperó, maniobrando bajo las aguas. Emergió un instante, llenó de aire sus pulmones y se lanzó sobre su adversaria sin más rodeos. Karin temió lo peor.

Pero Lew eludió el tajo fulminante lanzado a su cuello, y a su vez pudo clavar el rugoso metal en la carne femenina. Un chorro de sangre enrojeció el agua, e Ivy se convulsionó, soltando el arma, que rápidamente fue Karin a recoger en veloz zambullida.

La herida de Ivy, en un muslo, la impedía ya bucear con seguridad. Vaciló, empezando a sumergirse. Rápidos, Lew y Karin fueron hacia ella, como de mutuo acuerdo, recogiénola entre ambos para evitar su muerte. Sacaron las cabezas a la superficie para renovar el aire, y mantuvieron tendida a su enemiga, cuya sangre seguía enturbiando el agua alrededor.

—Bien, querida Ivy —dijo Cameron sarcástico—. Volvemos al yate con una prisionera. Y esa arma química tan terrible, será destruida para siempre cuando informemos de ello, lamento que tu misión secreta haya fracasado, mi querida espía...

Nadaron hasta el exterior. La marea subía ya peligrosamente. Alcanzaron la salida de la caverna y también la orilla arenosa, donde tendieron a Ivy, vendando su herida. Lew se hizo cargo del cuchillo y de la custodia de su prisionera, regresando con la canoa a bordo.

Cuando subieron al yate, les recibió Dustin McKee, pálido como un muerto, mirando a los tres sin entender nada en apariencia. Alguna preocupación más grave mantenía al socio de lord Spencer sumido en una confusión absoluta.

—Aparte de traer un espía a bordo como mi prisionero, señor McKee... —comenzó Cameron, ceñudo—, ¿qué es lo que ocurre aquí? McKee se lo informó, con voz ronca y temblorosa:

—Ha vuelto a ocurrir en su ausencia... Un tercer asesinato.

—Dios mío... —musitó Karin—. ¿Quién fue la víctima esta vez?

—Lady Spencer en persona... Alguien le pegó un tiro en el corazón. Debió ser con un arma con silenciador, porque ninguno oyó el disparo, señorita Desmond...

* * *

Karin y Lew se apartaron del cadáver de lady Vivian Spencer. La vieja dama parecía dormir apaciblemente. Hamilton Brooke sollozaba junto a ella. Parecía sentir realmente la pérdida de su madura amante. En poco tiempo, había perdido a ambas: Sharon y ella.

—Ya no cabe duda alguna —murmuró Cameron al salir—. Es lord Spencer. Mató a su secretario por traicionarle. Y por igual motivo, a

Sharon y a su esposa.

—Así es. «En los motivos de Betta y Gamma, la clave prima encontrarás» —recitó Karin, evocando la charada trágica—. El motivo es la venganza, el ajuste de cuentas que su mente enferma le está dictando. Pero ¿dónde está el asesino, Lew? Eso es lo que no entiendo...

—Yo tampoco —confesó abrumado Cameron, mientras miraba distraído hacia el punto de la cubierta donde los marinos Warrick y Keel, por orden de Brooke, llevaban esposada a Ivy Turner en dirección a la barra del yate, en su calidad de prisionera—. Y lo peor es que aún no hemos, llegado al final de la pesadilla, por lo que parece...

Y se quedó contemplando, ensombrecido, los perfiles misteriosos y lúgubres de la Isla de las Gaviotas, donde él y Karin acababan de vivir otra aventura no menos trágica, en la que a punto estuvieron de perder la vida, y en la que la última esperanza de hallar un tesoro submarino se había evaporado definitivamente.

* * *

—La cena está servida —dijo solemnemente Brad Warrick, el camarero, con su aire impersonal y eficiente de siempre.

En el salón parecía haber escasos ánimos de diversión o un deseo de gozar de los manjares de a bordo. Pero la muerte violenta había comenzado a ser ya pura rutina allí, y como por inercia, todos dejaron sus copas de aperitivo y se dirigieron al comedor.

En ausencia de los anfitriones, Dustin McKee, el socio de lord Spencer, se había convertido en el responsable de a bordo, ayudado por Hamilton Brooke, y él ocupó la cabecera de la mesa. Los demás, silenciosos y sombríos, ocuparon sus asientos habituales. Lew se acomodó en el que dejara vacío Sharon Markham, al lado de Karin Desmond. Los dos jóvenes parecían ahora inseparables.

—De modo que su joven amiga resultó ser una espía enemiga —comentó trivialmente el político canadiense, André Dumard, al iniciarse la cena, mirando a Cameron.

—Así es —suspiró éste—. Es norteamericana y habíamos hecho amistad en el club deportivo de Nueva York al que ambos pertenecíamos. Yo no podía saber que buscaba esa amistad mía para que la llevase, en mi búsqueda constante de emociones, hasta el lugar donde se hallaba el arma secreta alemana que jamás llegó a poder utilizar Hitler a causa de ese naufragio... Pero ése es asunto pasado. Ivy Turner estaba pagada por una potencia enemiga de mi país, y obraba como tal agente secreto ganándose mi confianza. Ahora, señores, lo que realmente importa no es una espía desenmascarada, sino el asesino que aún está por desenmascarar.

—Y que ustedes insisten en que es mi socio, lord Spencer —apuntó McKee, ceñudo.

—Sí —dijo rotundamente Lew—. No sólo eso, sino que me reafirmo en lo dicho. Lord Spencer preparó todo esto. Él es el único culpable de estos crímenes.

—Sin embargo, no hallamos a nadie a bordo —le recordó Hamilton Brooke, seco.

—Cierto, muy cierto —sonrió tristemente Cameron—. Pero estoy seguro de que eso tendrá su explicación, señores.

—Difícil explicación para acusar a un hombre que no aparece, ¿no cree? —juzgó con acritud McKee, desde la cabecera de la mesa.

—Evidentemente —se limitó a hacer Cameron un evasivo gesto con la cabeza—. Pero estoy convencido de que terminaremos encontrándola. Eso debe formar parte, sin duda, de la propia charada siniestra que con este viaje y estos crímenes planteó lord Spencer a sus invitados. Ahora, puesto que las circunstancias me han obligado a formar parte de este grupo, les aseguro que haré lo posible por ayudarles a desenredar la madeja, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —repitió Dumard, pensativo—. ¿A qué se refiere con eso, señor Cameron?

—Sí, ¿qué significado tienen sus palabras? —quiso saber Kennedy, taciturno.

—Es evidente que se planeó una serie de asesinatos a bordo. Posiblemente aún no ha terminado. Puede faltar alguien de entre ustedes para completar la trágica ronda, señores.

—¿Quién? —aprensivamente, la enfermera Clemens cambió una mirada con el doctor Halloway al hacer la pregunta.

—Ah... —Lew se encogió de hombros, entre enigmático y ambiguo—. Alfa y Omega, señorita... La primera y última letra del alfabeto. Pueden referirse a dos nuevos crímenes. Los últimos también. Está escrito en la segunda estrofa del acertijo, ¿recuerdan?

—Empiezo a estar harto de acertijos. Y de muertes violentas —dijo sombríamente el médico, inclinando la cabeza sobre su plato.

—Todos lo estamos, doctor —musitó Karin Desmond amargamente—. Pero estamos obligados a continuar en este horrible juego, nos guste o no, y lo menos que podemos hacer es tratar de impedir que nuevos nombres se sumen a la macabra lista de su paciente.

—Sí, señorita Desmond. Perdone —se excusó suavemente el doctor Halloway—. Creo que todos estamos un poco aturridos y decimos cosas que no pensamos bien del todo. Usted tiene toda la razón. Alfa, Beta y Gamma puede ser, evidentemente, Howard Eaton, Sharon Markham y la propia señora Spencer. Es posible que falte otra Omega en esa lista, para que la charada maldita tenga algún sentido. Pero es difícil imaginar dónde se descargará el próximo golpe. Y, sobre todo,

cómo lo hará el criminal...

—En buena lógica, caballeros, yo debo ser la víctima Alfa —dijo bruscamente, con escalofriante sinceridad, Hamilton Brooks.

—¿Usted? —se sobresaltó McKee, mirándole aprensivo—. ¿Por qué?

—Es evidente, ¿no? —el piloto y chófer personal de lord Spencer sonrió casi con cinismo, aunque también con fatalidad llena de franqueza y de valentía—. Si mató a Eaton por posibles fraudes en sus asuntos personales, a Sharon por engañarle conmigo y a su esposa por igual motivo... ahora faltó yo. Fui con él el más desleal de todos.

—Admirable y brutal franqueza, amigo mío —gruñó Kennedy el abogado—. Sí, tiene una horrenda lógica, la verdad. ¿Pero... y Omega?

—¿Quién sabe? —Hamilton Brooks se encogió de hombros—. Puede ser usted, por haberle fallado en algo, Kennedy. O el señor McKee por fraude en sus negocios comunes. O el señor Dumard por no haberle apoyado en determinada especulación...

Los aludidos se miraron entre sí con cierto recelo y aprensión. Cameron alzó un brazo, solicitando atención, con semblante sereno.

—Por favor, caballeros, no empecemos a acusarnos unos a otros o a recelar de todo y de todos. Ese terror es, tal vez, lo que pretende lord Spencer con su misteriosa táctica de desgaste de nervios... Yo creo que...

No terminó la frase. Un atroz alarido rompió la tensa y relativa calma de la cena. Todos se volvieron hacia donde había sonado, con un escalofrío colectivo. Las miradas se centraron en el hombre que, a medio incorporar, acababa de derribar su silla y se llevaba las manos al cuello, con gesto crispado, convulso, mientras su rostro se iba poniendo violáceo, sus ojos se desorbitaban y un estertor ronco emergía de entre sus labios y su lengua, hinchados súbitamente de modo horrible.

Era Hamilton Brooks, piloto naval y chófer de lord Spencer.

—¡Dios del cielo, Brooks! —clamó el doctor, incorporándose también con gesto de sobresalto para tratar de ayudarlo—. ¿Qué le ocurre?

De la boca de Hamilton Brooks escapó un sordo quejido de agonía, y su corpachón atlético se desplomó con violencia contra la mesa, volcando copas y platos, en medio de una tremenda confusión. Desde allí, se deslizó al suelo, sin que el esfuerzo del médico por evitarlo sirviera de nada.

Un silencio mortal siguió al suceso. Halloway se inclinó sobre el cadáver. Dominando su terror, también lo hizo la enfermera Clemens, mientras Lew Cameron rodeaba la mesa con largas zancadas, aproximándose a ellos. Pronto comprobó lo mismo que el médico.

—Muerto —jadeó—. Está muerto, ¿no, doctor?

—Sí —confirmó éste—. Parece asfixia súbita y colapso cardíaco.

Veneno, diría yo. Su boca despidió un olor especial, a almendras amargas, ¿lo nota, señor Cameron?

—Sí... ¡Cianuro! —jadeó Lew, ligeramente pálido.

El médico asintió con la cabeza, poniéndose lentamente en pie. Lew se acercó a la mesa. Olfateó el plato de comida de Brooks. Y también su copa. Hizo un gesto expresivo.

—El vino... —jadeó—. Esa copa huele también a cianuro. La comida, no.

—Evidentemente, alguien vertió cianuro en su copa. De haber sido en el vino, hubiéramos muerto todos —sentenció gravemente McKee—. ¿Haría falta mucho veneno para matar a un hombre solo, doctor?

—No, no mucho. Unas pocas gotas en el fondo de esa copa de cristal bastarían. Al escanciar el vino de Chianti, se mezclaría, pasando desapercibido con el sabor de la bebida. Pero el asesino tuvo que hacerlo cuando se puso la mesa, antes de sentarnos nosotros. Y sabía bien dónde se sentaría Brooks.

—Eso no sería problema para lord Spencer —intervino Kennedy—. Brooks siempre se sentaba en el mismo sitio: a la izquierda de la presidencia de la mesa, el puesto inmediato. Sólo McKee ha cambiado su sitio esta noche. Y, naturalmente, los nuevos en este viaje, como la señorita Desmond, el señor Cameron, el doctor y la enfermera, ocupaban asientos imprevisibles en esta mesa.

—El pobre diablo acertó con su muerte —señaló gravemente Dumard—. Ahora, sólo falta Omega, señores...

Todos se miraron entre sí, sin saber qué decir.

Y en ese momento, allá fuera, como un inesperado milagro, sonó la sirena de un barco, en tres llamadas intermitentes...

CAPÍTULO IX

El milagro, realmente, se había producido.

Los tripulantes del barco italiano subieron a bordo capitaneados por un oficial de Marina. Era un patrullero que había captado anteriormente las llamadas de socorro de Lew Cameron desde su embarcación, antes del naufragio, y tanto el temporal como un error de cálculo, les había hecho demorarse en llegar al punto preciso.

—De no ser por usted, Cameron, sólo Dios sabe cuándo hubiéramos salido de la vecindad de ese horrible y feo islote —fue el comentario de Dustin McKee, mientras los marineros italianos procedían a la labor de amarrar el yate a su barco, para remolcarlo a tierra firme—. Dios bendiga el momento en que el destino le puso en nuestra ruta...

—Como usted mismo ha dicho, no es mérito mío, sino del destino —sonrió Cameron, en tanto el islote se iba quedando atrás, con su peligrosa carga de armas bacteriológicas nazis, que las autoridades navales italianas prometieron ir a recoger para su destrucción definitiva.

El yate navegaba remolcado por el patrullero italiano, en dirección a la costa europea. Algunos miembros de la tripulación, trabajaban a bordo en la tarea de intentar reparar los averiados motores del «*Medusa*». Otros habían procedido a examinar los cadáveres, decidiendo su traslado a tierra en las mejores condiciones posibles, para que se hicieran allí cargo del horrible caso. Tampoco ellos dieron con el menor rastro de lord Spencer, en un registro minucioso del barco.

Karin no sentía ganas de acostarse, pese a lo avanzado de la noche. Sentada en el bar del yate, hojeaba la prensa italiana, que los tripulantes del patrullero habían traído consigo, mientras Lew Cameron se servía un whisky, en compañía de Dustin McKee.

Súbitamente, los ojos de Karin se fijaron en algo: una noticia perdida en la tercera página del diario de reciente fecha que hojeaba. Excitada, llamó a Cameron:

—¿Quiere venir aquí un momento, Lew? —pidió vivamente, con voz algo quebrada.

Él la miró desde la barra, asintió y se reunió con ella, dejando solo a McKee.

—¿Ocurre algo? —quiso saber el americano.

—No lo sé. Es una noticia rara. Léala, por favor. Aquí, debajo de ese titular: «Extraña muerte de un médico en Londres.» ¿Sabe leer italiano?

—Claro —sonrió Cameron—. La mitad de mi país tiene ese origen, Karin. Tengo amigos italo-americanos, y voy a comer a muchos restaurantes italianos. Veamos eso...

Leyó con rapidez. Sus ojos centellearon. Cambió una mirada con Karin. Luego, bruscamente, se aproximó de nuevo a McKee. Su pregunta fue seca. Karin le miraba, muy fija.

—Por favor, ¿tienen a bordo alguna fotografía personal de lord Spencer?

—¿Una fotografía suya? —su socio enarcó las cejas, perplejo—. Bueno, verá... lord Spencer es muy poco amigo de hacerse fotografías. Les tiene verdadero odio. ¿Por qué lo pregunta?

—Es sólo una idea, McKee. ¿No hay posibilidad de encontrar una?

—Puedo intentarlo.

—Hágalo, por favor. Si no, trate de hacerme un retrato de él lo más parecido posible.

El socio de Lionel Spencer asintió, lleno de asombro, y se ausentó. Karin y Cameron cambiaron una tensa ojeada mutua. Ambos parecían excitados.

—¿Cree usted posible...? —comenzó ella.

—Todo es posible a estas alturas —susurró él—. Intentaremos estar seguros antes de tocar tierra. Como ve, comprendo lo que sospecha. Y comparto su idea.

McKee regrese cinco minutos después. Traía una pequeña instantánea en color, hecha con una Polaroid. No era buena, y resultaba muy distante. La cubierta del «*Medusa*» Y en ella, varias personas. Cameron identificó a lady Spencer, a McKee, a Kennedy y a otros. Y a una pelirroja espectacular que supuso era Sharon Markham. McKee señaló a uno de los componentes del grupo.

—Ese es lord Spencer —informó—. No se le ve muy bien. Aquí habrá una lupa...

Buscó en un estante. Karin se había aproximado a ellos. McKee volvió con la lupa y estudiaron la fotografía uno por uno. Cameron miró a Karin. Esta negó lentamente con la cabeza. Sus ojos fulguraban. Respiraba entrecortadamente.

—Ese *no* es el hombre con silla de ruedas que yo traté en Niza. Tiene cierto vago parecido pero nada más,

—¿Está segura? —Cameron arrugó el ceño.

—Totalmente. La enfermera Clemens estaba con *él* Tal vez pueda confirmarlo.

—Voy a traerla aquí —se apresuró a decir McKee, saltando del taburete.

—Sí, hágalo. Pero no diga nada a nadie. Absolutamente a nadie avisó Cameron.

Otra espera tensa. Volvió con la enfermera envuelta en una bata de lana. Ella estudió la fotografía. Perpleja, cambió una mirada con Karin Desmond

—No es lord Spencer —corroboró—. No es el hombre que yo cuidaba

en Niza, señores.

—Gracias, señorita Clemens —suspiró Cameron—. Suponíamos ya eso. —Pero eso no tiene sentido —balbuceó McKee—. Claro que es él. Lo conozco bien. Y usted, señorita Desmond, tuvo que recibir la invitación de sus manos. Y usted, señorita Clemens, tuvo que ser la enfermera de Lionel Spencer, no de otro.

—Y, sin embargo, son dos personas diferentes —señaló Cameron—. O de diferente físico. ¿Es cierto que ninguno de ustedes vio a lord Spencer *antes* de iniciar este crucero, ni *después* de haber estado internado en una clínica durante dos meses?

—Sí, es cierto. Ni siquiera su esposa le había visto. Todos le esperábamos en Niza, y él salió de la clínica en Londres. Vino a Francia, pero no quiso vernos a nadie hasta estar a bordo...

—Empiezo a tener una idea —dijo Lew con lentitud—. ¿Pudo ser esa clínica, en vez de un lugar de reposo, como todos supusieron... UN CENTRO DE CIRUGÍA PLÁSTICA, McKee?

—Cirugía plástica... —repitió éste con asombro—. Dios mío... Nunca pensé... Pero lord Spencer es muy capaz de algo así. Recuerdo que una vez, antes de ingresar en ese centro donde nadie pudo visitarle en todo el tiempo, habló sobre cirujanos de esa especialidad y me pidió que me procurase datos. Pero dijo que era para un amigo suyo...

—Tenemos ya la solución —dijo Cameron, excitado—. Lord Spencer estuvo siempre aquí, entre nosotros... desde un principio. Pero no podíamos reconocerle porque adoptaba otra identidad... La de un hombre que *nunca* estuvo a bordo realmente.

—Temo no entenderle... —jadeó Dustin McKee.

—Es muy claro. Eaton era realmente Eaton cuando subió a bordo el muñeco de goma que pretendía ser lord Spencer. Para entonces, él ya estaba aquí. Recuerde el inicio de la charada: «Nada es lo que parece»... Y es cierto. Porque el propio anfitrión y asesino NO ERA LO QUE PARECÍA. Su nuevo rostro le hizo adoptar otra personalidad, tras operarse en Londres. La señorita Desmond y la enfermera Clemens vieron en Niza a lord Spencer algo desfigurado con una peluca y caracterización adecuada, para que no se pareciese al papel que representaba a bordo. Pero su rostro ya no era el que todos conocían. Dada la escasez de fotos suyas, confiaba en poder engañar a todos. Y casi lo logró hasta el final. Pero entre la señorita Desmond y yo, hemos despejado la incógnita.

—Cielos, pero entonces... ¿quién es lord Spencer, que ninguno le hemos reconocido?

—Yo, mi querido McKee —dijo una voz desde la puerta del bar—. El señor Cameron y la señorita Desmond han sido muy inteligentes al descubrirme...

McKee se volvió con un grito ronco.

El hombre sonriente que asomaba al bar, con aire displicente y calmoso, era el doctor Dennis Halloway, médico personal de lord Spencer.

* * *

—¡Usted! Pero si es... el doctor... el médico de mi socio...

—No, McKee —negó Karin Desmond—. El doctor Halloway apareció muerto en Londres, no se sabe si víctima de un accidente o de un crimen. La noticia viene en los diarios italianos, incluso, porque era un médico muy prestigioso y conocido en Londres. Ha sido mala suerte para usted, lord Spencer, que esos marinos trajesen un diario con la noticia... y que yo la leyese.

—Usted es muy inteligente, señorita Desmond, eso ya lo sabía de antemano —sonrió el falso médico—. Pero ahora importa poco lo que suceda. Ya llegué al final. Morir de un tumor maligno o morir en una prisión, viene a ser lo mismo. No podría morir en la guillotina ni siquiera en Francia, porque no llegarían a tiempo. Me quedan pocos días de vida, tal vez un par de semanas o tal vez menos aún.

—Pero ¿por qué hizo todo eso?

—Tenía que hacerlo —suspiró el asesino—. Ustedes saben los motivos: era mi venganza personal. Mi último placer. No podía dejar este mundo y permitir que esos traidores siguieran viviendo a mis expensas. El juego terminó.

—Lo planeó todo con mucho tiempo, ¿no? —preguntó Cameron.

—Desde que el pobre Halloway me dijo que tenía unos tres meses de vida. Fui al mejor cirujano plástico de Londres. Cambié mi rostro en esos dos meses de internamiento y dispuse mi escenario. Ningún crimen me fue especialmente difícil. Cuando estaba sentándome a la mesa, vertí las gotas de cianuro para Brooks, casi en sus propias narices, sin que ninguno de ustedes captara nada. Lo ideal era que todos sabían que era yo... pero no podían relacionarme con un comensal, con un miembro de los invitados de a bordo.

—Y aquí termina la charada, entonces —dijo Karin—. Sin Omega...

—Se equivoca, jovencita. Omega soy yo. La última víctima.

—Espere —terció Cameron—. Falta algo... La fortuna, el oro, el áspid del Edén...

—Oh, no, no —sonrió suavemente el falso médico—. No falta nada. Me sorprende que la señorita Desmond, tan inteligente y perspicaz ella, no haya visto a bordo, en ningún momento, algo que lleva grabadas encima las letras griegas Alfa y Omega. La primera y la última...

—¡Ya sé! —gritó Karin, brillantes sus ojos de excitación—. Lo vi un momento... y casi lo olvidé con las emociones... ¡*El muñeco de goma!*

Corrió fuera del bar, y tras una vacilación, Cameron la siguió, al

captar una sonrisa burlona en labios de lord Spencer, que recordó:
—No olvide la charada, jovencita... «Elige bien o perecerás». Alfa y Omega son tu elección». «Cuida del áspid en el Edén, cuida si estalla, cuida si muere... y habrás llegado al supremo bien.»

Cameron conocía ya de memoria la siniestra charada. No esperó más. Corrió en pos de Karin. Entraron en el que fuera camarote personal de lord Spencer. Sobre la litera, continuaba el monigote de goma semejante a un ser humano. Karin señaló los signos de Alfa y Omega sobre el mismo. La primera letra griega, justo en un brazo, como un tatuaje. La segunda, en su boca, como un grotesco bigote sobre los labios de goma...

Karin se dispuso a tomar el muñeco en sus brazos y manipularlo. Cameron la frenó.

—Espere —pidió, aferrándola por un brazo—. Es la última jugarreta de ese loco. Le ofrece la posibilidad de ser rica... o de morir. No elija alocadamente.

—Salga de aquí, Cameron —pidió ella—. Acepto el juego y espero tener suerte. O la fortuna, o la muerte. Vale la pena.

—Ninguna fortuna vale la pena. Lo aprendí en ese islote buscando mi tesoro —suspiró él—. Déjeme elegir a mí por usted. Karin por favor. Aún le debo la vida. Es posible que ahora salve la suya.

—No. Debo hacerlo yo.

—Al menos dígame qué letra elige...

—Alfa —dijo enérgica—. Omega es el fin.

—Está en un error —Cameron estaba tenso—. Si mueve ese brazo, si intenta desenroscarlo, va a ocurrir algo horrible, «Cuida si estalla, cuida si muere.» El Edén suyo es esa fortuna. Pero el áspid es la muerte. Lo que muere... *es la boca*. Omega. La otra alternativa es lo que estalla. La muerte. Posiblemente un ingenio explosivo en ese brazo. Es mi modo de interpretar el acertijo. ¿Qué decide?

Karin Desmond le miró. Vaciló. Luego, inesperadamente, depositó el muñeco en la litera. Sonrió despacio, muy lentamente. Se apartó de él.

—Tiene razón —dijo—. Ninguna fortuna vale lo que mi vida. Puede que sea cierto, y usted haya resuelto la charada. Pero prefiero perderlo todo. Que otro elija, o que primero quiten a ese muñeco el instrumento mortal que pueda llevar dentro. Renuncio.

Y saliendo al exterior, llamó a un marinero italiano para que se ocupara de que nadie entrase en aquel camarote, salvo con un experto en explosivos. Regresó lentamente al bar con Cameron. Lord Spencer tomaba un whisky junto a un McKee lívido y abatido. Les miró con perplejidad.

—¿Ha acertado, señorita, Desmond? —preguntó—. ¿Tiene ya los diamantes de mi colección «Nebulosa»? Valen diez millones de libras... y son suyos si los encontró.

—No, lord Spencer. Gracias —rechazó ella—. Hice mi elección. Ni Alfa, ni Omega. Prefiero la vida. Sin juegos absurdos y peligrosos. El oficial italiano apareció en la puerta, seguido de dos marinos. Lord Spencer les miró, sardónico, apurando su whisky. Se inclinó ante Karin y Cameron, cortés.

—Les felicito —dijo—. Ese sí es el supremo bien: la vida. Yo lo sé mejor que nadie, ahora que voy a perderla. Tal vez obró con cordura, aunque estoy seguro de que hubiera elegido bien, señorita Desmond. Pero sospecho que sé cuál es la elección de los dos... y les felicito. Sé que serán felices en el futuro. Perdonen mi macabro juego. Como les dije, era mi último placer en este mundo. Ahora debo reunirme con la señorita Turner en el calabozo del patrullero italiano. La señorita Clemens ya informó de todo a esos hombres. Sólo me resta entregarme como un caballero. Adiós, amigos.

Salió dignamente, escoltado por los marineros, en dirección a un bote que le conduciría a bordo del patrullero. Karin supo que no le vería más. Miró a Cameron, ligeramente ruborosa. Él sonrió, tomándole una mano que apretó con calor.

—Ese peligroso demente tiene razón en algo —suspiró el americano—. Karin, ¿por qué no cambia Londres por Nueva York? Tengo un buen trabajo, algún dinero, y creo que, después de todo, sí encontré mi tesoro en este viaje...

Karin le miró con fijeza. Sus ojos brillaban húmedos. Era toda una respuesta.

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX